



ZANGUEBAR.—Convoy de esclavos. (Pág. 115).

SIRIA.

Carta del P. Felipe Cucho, superior de la Mision de los Padres Jesuitas.

Homs, 20 de octubre de 1882.

NUESTRA obra es como el grano de trigo que apenas comienza á germinar. Pero este grano ha caído *in terram bonam* y todo hace esperar que producirá con el tiempo el céntuplo: *Et ortum fecit fructum centuplum.* (Luc. VIII, 8).

Fuí enviado á Homs en enero del presente año con objeto de emprender una nueva obra de abnegacion apostólica, abriendo escuelas y fundando una residencia, para poder desde allí trabajar en favor de las numerosas localidades tan ávidas de oír la palabra de Dios.

Cuando llegué á media legua de la ciudad ví venir á mi encuentro un grupo de cristianos á caballo. Aún no he podido saber cómo fueron advertidos tan exactamente de mi aproximacion y de la hora de mi llegada. Mi entrada en la ciudad con tal cortejo no dejó de producir cierta sensacion. Me dirigí á la casa episcopal greco-católica, y en ausencia del Ilmo. Gregorio Ata, recibí en ella cordial hospitalidad del buen sacerdote que representa á Su Ilustrísima y llena las funciones de Cura. Es el único sacerdote católico que se encuentra en Homs. En breve me trasladé á una casita que habia alquilado á módico precio y á donde vino á unírseme poco despues uno de nuestros Padres de Alepo.

Luego pusimos manos á la obra, invitando á los cristianos á asistir á las tres instrucciones que nos propo-

níamos hacer cada semana. Como la poblacion cristiana está allí muy ocupada en los dias laborables, anunciámos que las instrucciones entre semana tendrian lugar á la puesta del sol. Nuestra invitacion fué favorablemente recibida, y en los dias designados la capilla provisional rebosaba de gente. Este pueblo no ha tenido hasta ahora ocasion de abusar de la palabra evangélica, y por ello espero firmemente que producirá en él abundantes frutos de salvacion.

Más tarde hemos podido predicar unos ejercicios de retiro en regla y un mes de María muy frecuentados, gracias á la buena voluntad de nuestros oyentes y á la forma sencilla y práctica que damos á las instrucciones para ponerlas al alcance de todas las inteligencias.

Homs, la antigua Emesa ó Emath, con frecuencia mencionada en los libros del Antiguo Testamento, está situado en una llanura inmensa en la que corre majestuosamente el Oronte, en la orilla derecha de este rio que tiene su cauce á 2 kilómetros escasos de sus murallas y le paga ampliamente el tributo de sus aguas, por medio de un vasto canal establecido *ab antiquo* entre el rio y la ciudad. Este canal abastece á los huertos de Homs y á toda su poblacion del agua que necesita, y luego describiendo al rededor de la ciudad un círculo de 20 kilómetros va á reunirse al primitivo lecho del Oronte. Las huertas, ó por mejor decir los verjeles ocupan una superficie considerable, pero sólo tocan á la poblacion por un punto, y la humedad que en ellos conserva el frecuente riego, en nada altera la pureza del aire que es aquí verdaderamente extraordinaria y hace la estancia en Homs tan grata como saludable.

31 Marzo 1883.

Año IV.—N.º 78.

En esta ciudad se tiene gran comercio de trigo, manteca, lana, seda, algodón y frutos de toda especie. Es el punto de reunión y el mercado de todos los árabes del desierto, y aumentará su importancia el día que se establezca un servicio regular de vehículos en el camino de esta ciudad á Trípoli que Maddhhat-bajá abrió, antes de su destierro, para facilitar las comunicaciones entre esta parte extrema de la Siria y el Mediterráneo.

La población de Homs, que es de unas 37,000 almas, se descompone poco más ó menos como sigue: 22,000 musulmanes; 13,000 griegos cismáticos; 1,000 jacobitas ó siríacos herejes, y 1,000 católicos griegos, ó maronitas, ó siríacos.

Los maronitas son en reducido número, tal vez á falta de iglesia y de sacerdotes de su rito. Encuéntrase algunos centenares de ellos diseminados en pueblos más ó menos próximos, y hay un cura maronita para tres ó cuatro de estas localidades. No dejaremos de visitar á esas buenas gentes y de prestarles todos los servicios posibles. Su rito los acerca mucho á nosotros y nos permite ejercer en provecho suyo todas las funciones del sagrado ministerio. Para los siríacos y los griegos católicos, la distinción del pan ázimo y del pan fermentado nos pone en la imposibilidad de administrarles la santa Comunión.

Los cristianos de Homs, católicos y no católicos, se nos acercan con igual facilidad y llenan á porfía nuestras capillas, no siendo los cismáticos los menos ávidos para oír la palabra de Dios, pues su clero tiene harta conciencia de su ignorancia para atreverse á abrir la boca en la iglesia. Estas infelices gentes nos repiten con frecuencia:

—Todos somos cristianos, y estamos unidos en Jesucristo.

En realidad, creo que la gran mayoría no se cree formalmente separada de nosotros; se figura que entre ella y los católicos sólo hay una diferencia de rito. Más aún, el obispo griego cismático y el obispo jacobita que se creyeron obligados á visitarme á mi arribo, no usaron conmigo otro lenguaje. La superioridad numérica de los musulmanes y su preponderancia moral mueven á todos los cristianos á unirse, á hacer causa común para sostenerse y fortificarse mutuamente. Así quedé no poco sorprendido viendo la concordia é inteligencia que reina generalmente entre católicos y no católicos, entre griegos siríacos, jacobitas y maronitas, lo que nos proporciona el poder anunciar la verdad sin riesgo de desagradar á nadie. Esto nos hace asimismo esperar que con el tiempo se ilustrarán no pocos entendimientos y que no faltarán hermanos separados que vuelvan al redil de nuestra santa madre Iglesia.

Ahora sembramos, y la semilla germinará en el momento fijado por la divina Providencia.

Los cristianos de Homs están contentos de nuestra venida, y se persuaden que nuestra presencia entre ellos les fortificará ante los infieles, cuyo número y poder les humillan y les crea una posición muy precaria hace ya muchos siglos. Esperan además que instruiremos á sus hijos y que les haremos por la educación muy superiores á los musulmanes.

Estos por su parte no nos miran con malos ojos. Quisieran que su ciudad no quedase por más tiempo exceptuada del movimiento civilizador que gana y transforma la parte occidental de la Siria y todo el Egipto. No dejan de ver con pesar que el elemento cristiano

adquiere con este movimiento una fuerza que le es favorable, y comprenden ya que ellos van á perder en influencia y en prestigio todo lo que ganen los cristianos; pero se ven forzados á sobreponerse á sus interesadas prevenciones, y á confesar que nuestra intervención puede ser ventajosa á su país, estableciendo en él una corriente de ideas y conocimientos de que se aprovecharán sus hijos. Cierta persona musulman hizo á unos cristianos la siguiente pregunta:

—¿Qué vienen á hacer en Homs los dos Effendis europeos que se hallan en la ciudad?

Adviértase que la palabra Effendi es un título honorífico que sólo se da por lo común á los empleados del Gobierno ó á los letrados. De parte del musulman era una muestra de aprecio y respeto. Los cristianos le contestaron:

—Han venido para abrir escuelas.

Esta respuesta pareció complacerle, y añadió:

—Todas las ciudades se han civilizado, á excepcion de la nuestra. Homs tendrá, pues, escuelas de civilización.

Con todo, no puede desconocerse que los mahometanos en su inmensa mayoría son testarudos, y como el islamismo es esencialmente enemigo del verdadero progreso, permitirá todo lo más á sus secuaces darse un barniz de civilización material y exterior: este barniz basta generalmente á disgustar á los musulmanes de Mahoma y á impulsarles al deísmo ó á una completa indiferencia religiosa, si bien puede dudarse que esto les haga más accesibles á la luz del Cristianismo.

Seis meses después de mi llegada á Homs tuve la suerte de adquirir una vasta casa sita en el centro de la ciudad y en medio del barrio cristiano, la que nos ofrece local suficiente para el establecimiento de las diversas obras que proyectamos. Dos piezas bastante espaciales con sus respectivos patios están ya arreglados para escuelas de niños. Terminadas las reparaciones, los cristianos han redoblado sus instancias para la apertura de las clases, pero habiéndose agotado todos nuestros recursos, nos vemos en la precisión de dilatarla.

Entre tanto hemos concedido una semi-satisfacción á nuestros queridos cristianos abriendo dos escuelas para sus niñas en la casa que nos había servido de habitación provisional, y confiadas á Hermanas del Líbano. Ni siquiera hubo necesidad de anunciar la apertura, pues apenas llegadas las Religiosas se les presentaron muchas niñas que abandonaban decididas las escuelas protestantes, prueba manifiesta de que estas casas de perversión no inspiran aquí más confianza y simpatía que en el monte Líbano y otros puntos de la Siria. Dios sabe, sin embargo, á cuántas industrias se recurre para hacerlas atractivas y retener á las niñas que logran reunir.

Aunque la mayor parte de las alumnas no son católicas, no dejan de acompañar á las Hermanas á nuestra capilla, aun para hacer la visita al santísimo Sacramento, y piden rosarios para rezar á Nuestra Señora de Lourdes, cuya hermosa imagen exponemos á la veneración pública.

Desde los primeros días de nuestra instalación los maronitas de los pueblos de Testin, de Ribla (la Rebla de la Biblia) y de Autan nos instan para que establezcamos escuelas entre ellos, no insistiendo con menos perseverancia los griegos católicos de Demei, de Kara y de Giussé, y lo mismo los siro-católicos de

Zaidana, de Nabk y de Kariataina, en el límite del desierto, junto al camino de Palmira.

Paso en silencio por el momento otras localidades en donde serian necesarias escuelas á lo menos para los católicos, cuya instruccion religiosa deja mucho que desear.

En Sadda (el Zedad de la Biblia), en Hafar y en Hama buen número de jacobitas piden al Ilmo. Gregorio Chahine, arzobispo siríaco de Homs, que les reuna á la Iglesia católica, y creo que muchos han hecho ya abjuración en sus manos. Mas este movimiento no tendrá un resultado considerable sino por la educacion sólidamente católica de la juventud.

Hay, pues, mucho que hacer en esta parte tan abandonada de Siria. Es un país de conquista cuyo aislamiento le hace digno del mayor interés.

Carta del P. Pablo Bouchet, misionero de la Compañía de Jesús.

Bickfaia, 18 de noviembre de 1882.

El hermoso pueblo libanés desde el que escribo las presentes líneas está situado en la zona media de la montaña bíblica, frente al Mediterráneo en el que tiene una vista magnífica, y á cinco horas de Berito. Cuéntanse en él más de 1,500 maronitas, 500 griegos cismáticos próximamente y 300 griegos católicos. Los primeros tienen dos iglesias parroquiales, los segundos sólo una y los últimos tambien una. Gracias á la preponderancia del elemento católico, estas tres nacionalidades viven en bastante buena armonía.

La Compañía de Jesús se estableció en esta localidad en 1833 á petición del piadoso emir Haydar-Kayd-bey, de la noble familia Bellama, que era el señor de la provincia. Este emir murió siendo gobernador general del Líbano cristiano, y accediendo á su demanda se le dió sepultura en nuestra iglesia.

Nuestra residencia de Bickfaia, que se inauguró con un reducidísimo local, tiene ahora una de las más bellas iglesias del monte Líbano, y su elegante campanario, coronado por una imagen de bronce de la Madre de Dios, bajo la advocacion de Saida Lebname (Señora del Líbano), no tiene igual en todo el país. Recientemente se ha añadido un piso á la habitacion de los Padres á fin de que pueda servir de casa de campo, durante los meses de agosto y setiembre, á los profesores de nuestra universidad de San José de Berito. No poseemos otra residencia en que los calores del estío sean más tolerables que en Bickfaia, gracias á la fresca del aire, que sólo cede á la del agua.

El primer cuidado del fundador de esta Mision, el venerable P. Pablo Riccadonna, fué abrir una escuela de niños cuya direccion confió á un joven maronita del país. Caracteriza á todos los vecinos de esta localidad una fe simple y firme que se revela en todos sus discursos, y miran con profundo horror á los predicantes protestantes y á todo lo manchado de herejía.

La escuela de niñas tardó muchos años en establecerse, pues no se encontraba maestra en el país. No se acostumbraba entonces que una joven aprendiese á leer y escribir; y si por excepcion, un emir ó un jeque decidía dar cierta instruccion á su hija, tenia que enviarla á una escuela de niños, ó llamar á su casa un sacerdote que le sirviese de maestro. A falta de escuela de niñas

no teníamos otro medio que reunir á éstas y á las mayores en la capilla para enseñarles la letra del catecismo y darles su explicacion. Mas la Providencia nos deparó algunas Hermanas de San José de la Aparicion que moraron en Bickfaia cerca de año y medio antes de establecerse en Tierra Santa. Estas excelentes Religiosas, que tenian á su frente á la M. Emilia, recibieron gozosas á todas las bickfaianas, grandes y pequeñas, que se presentaron en su escuela, y pudieron inmediatamente ponerse en íntima relacion con sus discípulas por medio de una Hermana maltesa que comprendia suficientemente la lengua árabe. Toda la poblacion no hablaba sino de las Religiosas josefinas, deshaciéndose en elogios de su celo y capacidad: como por encanto desvaneciéronse las arraigadas preocupaciones que se oponian á la instruccion de las jóvenes.

A la partida de las Hermanas la poblacion católica nos pidió con instancia la conservacion de la escuela. Felizmente entre las discípulas de aquellas Religiosas se hallaron una joven viuda y una su hermana que consintieron en continuar lo mejor que pudieron la obra empezada. Poco despues se echó el fundamento de la Congregacion de Hermanas *Mariamettes*, que debia encargarse de todas las escuelas de niñas que se estableciesen en la provincia de Quatea.

Gracias á la esmerada educacion que reciben, los discípulos de uno y otro sexo están inclinados á la piedad. Da gusto oírles rezar ó mejor cantar las oraciones, y la manera edificante con que muchos se acercan todas las semanas á recibir los santos Sacramentos.

El más poderoso medio de accion que tenemos sobre nuestros discípulos es hablarles el lenguaje de la fe, proponer motivos sobrenaturales y sobre todo el amor de Nuestro Señor, de su santísima Madre ó del gran patriarca san José. A una niña ó niño piadoso que repugna hacer alguna cosa, basta decirle: «Haz esto en honor de Jesucristo, de su santísima Madre ó de san José, y contesta inmediatamente: *Tayeb* (está bien), y se pone á hacer lo que se le pide.

Si la fe no ha desaparecido del todo en Oriente, lo debemos sin duda á una intervencion sensible de la divina Providencia, y tambien á la influencia del sentimiento religioso en pueblos que nunca se han distinguido por su energía y á quienes el espectáculo de las costumbres musulmanas tendian á enervar. Felizmente este sentimiento religioso ha sido siempre como un muro de bronce entre los católicos del Oriente y los millones de infieles que les rodean por todas partes.

Antes de terminar diré breves palabras respecto á cierto predicante furioso que despues de varias inútiles tentativas logró engañar á un griego cismático de Bickfaia para que abriese una sombra de escuela en su casa. Gracias al Señor, el maestro indígena á quien encargó esta escuela sólo ha podido reclutar escaso número de discípulos entre los griegos cismáticos que no tienen ninguna otra en su barrio. El párroco griego católico, por poco que se le auxilie, está resuelto á establecer allí una escuela católica, y si lo consigue las familias cismáticas le mandarán sus niños, retirándolos de la escuela protestante, que no tiene su afecto ni sus simpatías, á causa sobre todo del formal menosprecio que en ella se profesa á la Madre de Dios y al culto de las santas Imágenes. Este seria ciertamente el medio más seguro y eficaz de zapar por su base la escuela herética.

Espero que se enviará al expresado párroco el auxilio

indispensable, porque ya que el enemigo de todo bien no cesa de agitarse para extender su funesto imperio, justo es que los apóstoles de Jesucristo todo lo pongan en obra á fin de paralizar ó debilitar á lo menos los esfuerzos de su despecho y del odio implacable que ha declarado á nuestro Señor Jesucristo, su glorioso é inmortal vencedor.

CHINA.

Carta del P. Evaristo Torres, misionero dominico.

Hong-Kong, 10 de junio.

MANDADO para conducir hasta Foochow á nuestras Hermanas dominicas, destinadas á cuidar de las niñas que se recogen en el huerfanato de la Santa Infancia de dicha ciudad, salimos de aquí el 5 de abril en el vapor español *Emuy*, y llegamos al puerto de este nombre en treinta y tres horas: el viaje fué molesto y el mareo continuo; pero el capitán Blanco y oficiales nos asistieron muy bien, y se portaron como buenos y honrados españoles.

La ciudad de Emuy está situada en la isla de Hiamen á la desembocadura del Dragon, á los 24° latitud Norte: dicha isla tiene de circunferencia unas 40 millas con varias aldeas alrededor; el circuito de la ciudad es de unas 8 millas con 300,000 habitantes: á media milla de distancia de la ciudad está otra pequeña isla llamada Ko-lan-su con 4,000 habitantes; es la residencia de la mayor parte de los europeos. Con las magníficas casas con jardines, las buenas calles, la limpieza y asco presentan una hermosa colonia europea en frente de la ciudad de Emuy, que, como todas las de China, no es más que un hacinamiento de casas, con calles tortuosas, estrechas y sucias, sin orden ni simetría, á no ser que para los chinos el desorden sea la simetría, y el adorno los colgajos de ropillas viejas y sudadas que para secarse cuelgan de sus puertas, y que al pobre transeunte no le hacen muchagracia, porque tiene que pasar tapándose las narices con una mano, y con la otra apartando aquellos asquerosos trapos para abrirse camino.

Nuestros misioneros, que no buscaban el sitio cómodo y agradable, como es Ko-lan-su, sino el punto en que hubiera mayor número de almas que salvar, edificaron una bonita iglesia donde está también la residencia del Padre misionero, y un buen huerfanato de la Santa Infancia, con 40 niñas al cuidado de tres Canosianas italianas.

Salimos de Emuy el 19 de abril, y en veinte y tres horas llegamos á la capital de Fo-Kien; desde allí fuimos á la iglesia, residencia del señor Coadjutor del señor Vicario apostólico, y luego á la iglesia del interior, que dista más de una hora; como la casa de la Santa Infancia está al lado de esta iglesia, dejamos á las Madres en el huerfanato. Al llegar, salieron á recibirnos á la puerta todas las niñas, cuya alegría era indescriptible al ver entrar por sus puertas á las nuevas Madres: las niñas no cesaban de repetir el dulce nombre de *Ima, ima*, «Madre, madre;» y ciertamente que para ellas no hay ya otra madre sobre la tierra, porque su padre y su madre las abandonaron, y estas madres por caridad las recibieron. Las Religiosas llenaban de caricias á aquellas pobres criaturas, por las que habían abandonado patria, parientes y toda clase de comodidades, y hasta un brillante porvenir que alguna de ellas hubiera po-

dido tener en Europa. Cuando uno ha estado por muchos años buscando un precioso tesoro, y por fin llega el momento de encontrarle, no cabe de gozo; pues nada de esto puede compararse con la alegría que sentían nuestras Religiosas al encontrar aquel tesoro de mayor precio, aquellas niñas pobres y desamparadas que habían sido el objeto y fin que allí las había llevado; encontraron el tesoro, se cumplieron sus santos deseos, y así se comprende tanto regocijo.

Pero aquello hay que mirarlo con ojos de caridad, porque de otro modo poco atractivo tiene. El huerfanato está sepultado en un asqueroso arrabal fuera de la ciudad; infinidad de casuchos chinos están apiñados al rededor de él, el humo y los fétidos olores que salen de tanta aglomeración de casas, la gritería y locuacidad de un sinnúmero de chinos que por allí viven amontonados, el martilleo continuo de tantos herreros, caldereros y carpinteros de que se compone aquella numerosa vecindad, hacen desagradable y penosa la residencia á todo el que no sea chino; porque los chinos como están acostumbrados á eso y mucho más, desde que nacen, viven tan alegres como si aquello fuera lo mejor del Imperio Celeste; pero nuestras pobres Hermanas acostumbradas á los conventos solitarios y pacíficos de España, me parece que no sería para ellas pequeña mortificación el vivir en semejante sitio si no fuera porque la caridad hace prodigios; así es que, lejos de quejarse, viven contentas y alegres con sus niñas.

El puesto donde está el huerfanato no puede ser peor, como ya he dicho. El agua que sacan de un pozo no merece el nombre de tal, porque apenas sirve para lavar; es cierto que hay además un aljibe en la casa en donde se recoge el agua de lluvia para beber, pero por más que le componen, se filtra por todas partes, y apenas queda para el consumo, y esa de lo peor, porque la mejor y más limpia es la que filtra. Pues de las vistas no digo nada, porque no hay sino unos cuantos ventanuchos que dan á un pequeño patio, que está dentro del huerfanato, y por donde entra una pálida luz en días claros. No tienen huerta, ni siquiera un pequeño jardín en donde puedan pasear y recibir el viento de la atmósfera.

Nuestras Hermanas, sin embargo, están muy contentas en el huerfanato, y no las importa nada ni el mal sitio en que está situado, ni la falta de agua, ni las vistas; todo esto lo llevan con paciencia con tal de tener en su oratorio el santísimo Sacramento; esto fué lo único que observaron las faltaba y lo que les causó hartito desconsuelo, hasta que subí á Fogan á pedir licencia al señor Vicario apostólico, quien tuvo la bonad de conceder que tuvieran Santísimo en su oratorio; y al decirle que todavía deberían esperar algunos días mientras arreglaban y adornaban un poco el oratorio, me contestó estas palabras, que me dejaron edificado: «Ellas con sus virtudes han de ser el mejor adorno: que oren mucho ante el Santísimo, y que pidan por la Mision.»

Me despedí de las Religiosas y me fuí á la iglesia de la Mision, que es á donde tienen que pasar las Madres á oír misa y confesarse; esto es para lo único que salen de casa; y si bien la iglesia está próxima al huerfanato, es bastante incómodo, especialmente para mujeres, el tener que atravesar todos los días una calle pública y siempre atestada de chinos gentiles, tanto más que en China no salen las mujeres de casa, y es muy raro y de mal concepto el encontrar una mujer en la calle.

Foo-chow (ó Fo-chéu-fu) es la capital de la provincia de Fo-kién y está situada en los 26° de latitud Norte en un llano á la parte Norte del río Min, distante 34 millas del mar y 9 de la pagoda en donde anclan los vapores extranjeros. El circuito de la parte murada es de 7 millas de largo, las murallas tienen 30 piés de elevación y 12 de ancho en el remate. Las calles son estrechas y sucias; pero los árboles próximos á los cuarteles de la ciudad y los tres elevados cerros poblados de árboles que hay dentro de la misma, la presentan bastante adornada y pintoresca. Cerca de la puerta de Oriente de la ciudad hay varios manantiales de agua caliente, que los naturales usan para las enfermedades cutáneas.

La industria que más sobresale en Fo-cheu es la fabricación de monumentos en miniatura, pagodas, platos, ídolos, etc., de una piedra, especie de mármol llamada «piedra de jabon», de la que fabrican también flores artificiales y otras curiosas figuras de pájaros, animales, etc.

El frío en invierno es riguroso; algunos años ha nevado y ha habido hielos en la misma ciudad: el calor del verano es excesivo; pero no obstante, el clima de Fo-cheu así como el de toda la provincia de Fo-kién es saludable y benigno, y á pesar de ser una de las provincias más montuosas de China, los valles regados por varios ríos, unido á la industria y trabajo ímprobo de sus habitantes, producen dos cosechas de arroz al año, trigo, cebada, cáñamo, aceite de algunas plantas y frutos oleosos, caña dulce y toda clase de legumbres, pero en poca abundancia; el principal producto de esta provincia es el té, que la da suma importancia comercial: este arbusto se cultiva particularmente en los montes situados al Oeste de la provincia y confinantes con la de Kiang-si. La ciudad de Chung-ngan colocada al pié de aquellos montes es el emporio del té, donde se reúnen comerciantes chinos para venderlo por todo el Imperio y también á todos los ingleses, que despues lo revenden á buen precio por todo el mundo. Segun una nota que tengo á la vista, en el año 1878 salieron por las puertas de Fo-cheu para Europa 678,624 picos de té, pero á su vez los ingleses hicieron entrar por las mismas 4,521 picos de opio.

Despues de vencer algunas dificultades, se encontraron tres cargadores para llevarme en silla, que es el único modo de viajar por tierra...

Dos cristianos de Fogan, que habian venido para sus negocios, se ofrecieron á acompañarme; yo no comprendia ni una palabra de su lengua, y ellos comprendian menos la mia.

Pedí al Padre misionero de aquel punto que les diera instrucciones y el dinero que necesitasen para que ellos se entendieran con los tres silleteros gentiles, y que me diera un apunte de los nombres de los pueblos por donde debia pasar, y en donde debia dormir, lo que me sirvió de mucho, porque de lo contrario hubiera estado desorientado completamente.

Con estos preparativos salí de Fo-cheu el 26 de abril á las ocho de la mañana, y despues de atravesar una extensa llanura, se nos presentó delante una montaña tan elevada, que me parecia imposible subirla en silla, á no ser que los silleteros fueran dando vueltas para salvar la pendiente: pero éstos, despues de descansar un poco al pié de la montaña, comenzaron á trepar por el monte arriba: conocí que no habia otro camino; pero

me dió tal compasion de ver aquellos infelices jadeando, que no pude sufrir me subiesen en hombros, y me bajé de la silla para subir á pié, con lo que se pusieron más contentos que unas pascuas: me seguia uno de ellos para acompañarme, y los otros dos venian detrás con la silla vacía; así continué andando cuatro horas, subiendo el monte y despues bajando la parte opuesta que era casi tan trabajosa como la subida y con un sol que me abrasaba. Serian las dos de la tarde cuando los cristianos me hicieron la señal para comer. Parámos en una casa, aunque mi gusto hubiera sido comer fuera en despoblado; comprendí que lo hacian para tomar chá y sus comistrajillos, y tambien para charlar y preguntar, pues el chino es muy curioso y preguntón, y todo lo quiere saber y fiscalizar: apenas me senté, me cercaron más de ochenta chinos atraídos por la curiosidad de ver á un extranjero; pero con mucha gravedad me acerqué á la mesa, eché la bendicion y comencé á comer, sin hacer caso de tantos ojos que me estaban mirando atentos; cualquier movimiento que hacia les chocaba; tambien se extrañaban de ver el cuchillo, tenedor y cuchara; cuando tomé el cuchillo para partir el pan, los que estaban más cercanos á mí echaron á correr temiéndose alguna desgracia, de lo que no pude contener la risa.

Concluida la comida, me senté otra vez en la silla, y continuámos aquella molesta bajada; para no caerme tenia que asirme á las varas de la silla, y aún así iba con tanta incomodidad que preferí bajar á pié hasta que encontré un río y nos embarcámos en un barquillo. Fuímos navegando más de una hora por un río pequeño, pero muy delicioso, que entraba por entre dos elevados montes hasta un pueblo bastante grande llamado Tai-chei, en donde debíamos dormir aquella noche. Salimos del barquichuelo, y me senté en la silla; y despues de media hora de camino buscaron los cristianos posada en una de las casas que están á la salida del pueblo. En ella me trajeron un barreño de agua caliente para lavarme; primera operacion que se acostumbra hacer en China cuando se llega á una casa, y la que se repite despues de cada comida: despues me prestaron un buen cuenco de té, segunda operacion que sigue á la anterior, y esto es general siempre que llega un huésped; como yo me habia propuesto dejarme regir por los chinos y sujetarme á sus costumbres, me lavé ó hice como que me lavaba pasándome un trapo mojado por la cara, que es lo que ellos acostumbran; tomé un poco de té, y me puse á rezar mientras me preparaban la cena; concluida ésta me trajeron otra vez agua caliente, y volví otra vez á lavarme. Luego hice señal al tropel de gente que se agrupaba á la puerta del cuarto para verme, que se retirase, porque deseaba descansar: los dos cristianos se quedaron dentro conmigo: como aún hacia bastante frío en aquellas montañas, el posadero me puso una especie de colchoneta al acostarme: algun reparo tuve de ponérmela, pero como sentia frío y no tenia otra cosa con que abrigarme, me envolví en ella; pero al poco tiempo sentí un hormigueo tan molesto que me obligó á saltar de la cama: encendí la luz, y con asombro ví que estaba plagado de asquerosos parásitos, todos chupadores, como la experiencia me lo demostró; con esta visita tan inesperada ya no pude dormir en toda la noche: cuando fué de día llamé á los cristianos que dormian á pierna suelta como si tal cosa, y supongo tendrían la misma visita que yo; pero como para ellos era

ya cosa ordinaria, estaban familiarizados, y no era cosa de privarse del sueño por semejantes menudencias.

Después que silleteros y cristianos tomaron su arroz, continuamos nuestro viaje sin novedad hasta que llegamos á un mercado que se llama Ta-nong, donde descansamos para comer; ví en una tienda de comestibles una masa blanca, que la tuve por un riquísimo queso tierno; pedí un pedazo, y me encuentro que tenía el gusto insípido y repugnante; era una masa de harina de legumbres, como después me dijeron los misioneros; el chino, me añadieron, jamás toma leche, ni mucho menos queso; tienen á esto tal repugnancia, que los misioneros deben abstenerse de ello por no causarles asco. Con un refrigerio que me prepararon los chinos llegué á las cuatro de la tarde á Lo-ngun, residencia de un Padre chino; vinieron á visitarme unos treinta cristianos, y me hicieron la reverencia al modo chino, que consiste en ponerse de rodillas y bajar la cabeza hasta tocar el suelo con la frente: tuvimos una larga conversación, en lengua mímica, y por encontrarme entre cristianos, me alegré mucho; son los primeros cristianos y la primera residencia é iglesia que se encuentra desde Fo-cheu, y es muy triste estar andando dos días de camino, atravesando numerosos pueblos, y dejando otra infinidad á derecha é izquierda sin encontrar un solo cristiano. Los cristianos, que antiguamente fueron allí muy numerosos, hoy apenas llegan á 200: grandes han sido los trabajos que ha sufrido esta Misión. En las persecuciones pasadas los rebeldes y el odio de los gentiles destruyeron la iglesia que estaba dentro de la villa, y casi acabaron con los cristianos: ¡lástima que por la falta de personal no se pueda poner allí un Padre europeo!

Los protestantes tienen allí sus capillas y escuelas á cargo de los chinos que siguen su secta y están bien retribuidos: el pastor reside en Fo-cheu y hace cinco años que no aparece por allí; los chinos encargados de difundir la secta vienen á Fo-cheu á dar cuenta al pastor de los adelantos, á cobrar la paga y á recibir cargamentos de libros; venden los que pueden y los que no los reparten; por los libros que sacan de Fo-cheu, el pastor hace el cálculo de los convertidos en Lo-ngun.

Al día siguiente salí para Lam-kon que dista cuatro leguas, de las que sólo una, que se tarda en atravesar el hermoso valle en donde está situado Lo-ngun, es de buen camino, todo lo demás no puede ser peor: comencé á subir una montaña tan elevada, que me parecía imposible llegar á la cumbre; tenía que subir á pié, porque la silla tomaba tal posición, por ser la pendiente tan acentuada, que me veía precisado á llevar los pies casi más altos que la cabeza: cinco horas tardé en subir la montaña hasta Lam-kon, y llegué allí tan rendido que apenas podía tenerme en pié.

De Lam-kon bajé á Kie-tao, destruí un par de zapatos y tuve que mudar otros que llevaba de repuesto; allí no hay más que precipicios horribles, capaces de infundir terror en el ánimo del montañés más intrépido; varias veces me detuve á contemplar aquellos paisajes tan pintorescos de la naturaleza; enormes peñascos amontonados unos sobre otros formaban figuras caprichosas; las cascadas de agua cristalina que precipitándose de la montaña se estrellaban allá en las profundidades del valle con ruido estrepitoso, las manadas de cabras que trepaban por aquellos riscos, todo formaba un conjunto agradable; pero el chino, que no fija

su vista sino en las chapecas ó en lo que le pueda traer utilidad, no hace caso de aquello, y se burla de los europeos que se paran en tales cosas.

A las cinco de la tarde llegué á Kie-tao que es el primer pueblo que se encuentra; más de la mitad son cristianos administrados por un Padre chino; la residencia es decente con una bonita iglesia relativamente hablando, que es como se debe entender cuando se habla de iglesias bonitas en China; todas tienen casi la misma forma y estilo chinesco.

A las doce de la noche, por ser la hora en que el viento era favorable, me embarqué en un champan de cristianos para Ting-tao, primer distrito en donde, después de Fo-cheu, hay Padre europeo; á las siete de la mañana me presenté al P. Mariano, y después de darnos un fraternal abrazo, me retiré á mudarme de ropa, que era lo que más necesitaba, porque el champancillo en que había ido no estaba tan limpio que me viese libre de los órganos chupadores como los de Tai-chei, pero con la diferencia de que allí pude huir; pero en este estrecho aposento flotante en medio de un brazo de mar, no tuve más remedio que hacer paces con todos.

Estuve dos días con el P. Mariano, ejercitando nuestra lengua española, que ya tenía deseos de hablar. La mayor parte de los habitantes de este pueblo de Ting-tao son cristianos antiguos, y viven tan unidos y son tan valentones, que dominan á los gentiles y son temidos de los mandarines. Varias veces ha tenido el Padre que apaciguarlos, inculcándolos que vivan en paz con los gentiles.

Continué mi viaje al pueblo inmediato, que dista unas tres leguas, llamado Hoeng, en donde está el Padre Cañal cuidando de 2,500 cristianos esparcidos por todo el distrito en la extensión de tres leguas. En este pueblo acaba de edificar una bonita iglesia, de gusto algo europeo, que tiene el mérito de los trabajos y disgustos que causa siempre toda obra nueva, y contando, como los misioneros, con escasos recursos, y sólo á fuerza de escatimar lo que se les concede para su alimento necesario. La residencia, como casi todas las que ví, no puede ser más miserable; con lo que dan bien á entender que guardándolo todo para las iglesias, se han olvidado de la casa para vivir, practicando el antiguo adagio: Primero es Dios que todos los Santos.

Al día siguiente me acompañó el P. Cañal á Ke-sen, residencia del Padre Vicario provincial, en donde estuvimos un día. En este pueblo hay 1,200 cristianos y unos 3,000 en todo el distrito.

El P. Coltell, que es el actual Vicario provincial, tiene setenta años de edad, y treinta y nueve de misionero en China, sin haber salido una sola vez de la Misión.

Pasemos más adelante, y subiendo por tres horas la empinada montaña de Se-in, de tan difícil subida como la de Lam-kon, y en su cúspide cubierta de niebla la mayor parte del año, y de nieve algunos meses, encontraremos un venerable solitario, que con sola su presencia mueve á devoción: es el Ilmo. Sr. vicario apostólico D. Fr. Miguel Calderon, que después de haber sido catedrático de teología en la universidad de Manila, secretario de provincia, y desempeñado honrosamente otros importantes cargos de la misma, fué á las Misiones de la China, en donde ha estado cuarenta y siete años continuos trabajando con abrasado celo en la conversión de los infieles: setenta y nueve años tiene de

edad, y aún cuida su distrito como cualquier otro misionero: cuarenta y seis años hace que fué consagrado obispo. A pesar de su avanzada edad, está todavía ágil, y conserva una memoria portentosa: á las dudas que le consultan contesta pronto con claridad suma, recitando textos enteros de santo Tomás y otros santos Padres para corroborar su resolución y para más claridad del consultante, contando al mismo tiempo algun hecho histórico para apoyarlo prácticamente, por decirlo así; y esto lo hace con toda naturalidad y sin ningun aparato pomposo, como quien dice un cuento; así es que la conversacion con este venerable señor es sumamente amena, instructiva y agradable; y con ser tan austero, y vivir y vestir tan pobremente y con tantas mortificaciones, cualquiera creeria encontrarse con un anciano tético; pero nada de esto, conserva la austeridad para sí, y para los demás todo es jovialidad.

En este pueblo de Se-in no hay un solo gentil, contiene 750 habitantes y son todos cristianos.

Nos volvimos el P. Cañal y yo á dormir á Hoeng en donde ya nos estaban esperando los PP. Pla é Ibañez, y al poco tiempo llegó el P. Mariano.

Dos dias despues nos embarcámos los PP. Ibañez, Mariano y yo en un champan, que subiendo por el rio, en seis horas nos llevó á la villa murada de Fogan, residencia del P. Ibañez; al dia siguiente llegó de Ketong el P. Paulino, y pasámos tres dias en agradable compañía.

En este distrito hay 1,870 cristianos, con dos iglesias.

Desde Fogan me volví á Fo-cheu, deteniéndome algunos dias en cada residencia por donde habia pasado á la ida, enterándome mejor de todo; el carácter de aquellos chinos montañeses me pareció feroz é indomable; los cristianos son más humildes, y sus costumbres más suaves por el suave yugo de la Religion; tanto que sin conocerlos se puede distinguir apenas se los ve, los los que son cristianos de los que son gentiles: ¡tanto poder tiene la religion católica para trasformar al hombre! No hay ningun rico por aquellos pueblos, pero tienen para vivir; unos son pescadores, otros labradores y otros comerciantes.

Me despedí por último del P. Mariano, y á los tres dias llegué á Fo-cheu; como volví por el mismo camino, exceptuando una pequeña variacion que fué en vez de volver por la montaña de Lam-kon, volví por Giluang á Lo-ngun.

He visto extensas plantaciones de té, pero nada ofrecen de particular; es un arbusto raquítico en muchas partes, y en otras en donde crece más, apenas llega á la altura de un hombre; está plantado en los montes por lo general, porque necesita ventilarse mucho, y está colocado como las viñas en España, pero el té no necesita tantos cuidados; tambien ví cogerlo, porque estaban haciendo la primera recoleccion, que es el mejor té, cuya operacion es muy sencilla; pero no hacen otra cosa que recoger las hojitas tiernas del arbusto, las que despues tuestan ó secan en las fábricas, y las mezclan algunas flores olorosas para darle aroma y hacen otras operaciones para darle color, pero que mejor es no saberlas para que se tome sin repugnancia: el que toman los Padres misioneros, y del que regalan á los bienhechores de la Mision, está arreglado por cristianos de toda confianza y elaborado con mucho aseo.

Tres dias estuve en Fo-cheu esperando el vapor que

me condujo sin novedad á Emuy; aquí me dijeron que dentro de cinco dias saldria otro vapor para Hong-Kong, los que aproveché para ir á visitar nuestras cristiandades del distrito de Chian-cheu: despues de pasar un dia con el P. Burnó, me embarqué para Aupoa en una lorchá atestada de chinos, y llegué en seis horas con viento y marea favorables.

Hermosa vista presenta, desde lejos, la iglesia de Aupoa; es nueva y de la misma forma y estilo que la de Emuy, aunque de mayores dimensiones: esta obra magnífica que levantó desde sus cimientos el P. Dútras le ha causado no pocos disgustos y trabajos; buena prueba de ello es que hoy se encuentra muy delicado de salud, pero que lo sufre con tanta paciencia, que se olvida de sus achaques por atender á su Mision: está bajo su inspeccion un buen huerfanato y al cuidado inmediato de beatas chinas, terceras de la Orden, que cumplen perfectamente con sus obligaciones como buenas religiosas, y educan á las niñas de la Santa Infancia al modo chino, enseñándolas á coser, bordar y leer en chino; viven en tanta pobreza y con tantas mortificaciones, que son la admiracion de las Canosianas italianas de Emuy.

Mucho ha debido trabajar el P. Dútras durante veinte años que reside allí, para poner aquella cristiandad en el órden y á la altura en que hoy se encuentra. Como estamos á últimos de mayo, tuve ocasion de ver con qué fervor y devocion se hacia el mes de María; desde antiguo está allí establecida esta devocion así como la novena á san José y á la Virgen del Rosario, que son las más concurridas: tambien las Canosianas al ver la devocion con que se hacen en Chiang-cheu tratan de ir las estableciendo poco á poco en Emuy.

Viendo que el tiempo se cerraba en lluvias desistí de ir á Chiang-cheu, capital de todo el distrito y residencia del mandarin principal; una hora solamente dista de Aupoa: me volví á Emuy, pero tuve que hacer noche á mitad del camino en Chio-bé, poblacion grande y de mucho comercio, en casa de unas buenas familias cristianas, que me recibieron con cohetes y fuegos atornadores; se deshacian en obsequios y atenciones para conmigo; me trataron á cuerpo de rey. Debo referir, aunque no sea más que de paso, que el P. Guixá ha trabajado en la fundacion de aquellas Misiones nuevas lo que es increíble; cualquiera que no sea del temple de aquel Padre se hubiera desanimado y desistido de su empresa; pero el P. Guixá con una serenidad que pasma y con una diplomacia china que admira, se maneja con literatos y mandarines al modo chino que no tienen por donde cogerle; les descubré sus emboscadas, deshace sus tramas, y solamente cuando por sí solo no puede desenredarse, pide proteccion al señor Cónsul, quien viendo la justicia por parte del P. Guixá, le protege, y éste lleva adelante lo comenzado y establece su Mision.

A las tres y media del dia siguiente celebré el santo sacrificio de la Misa, y á pesar de ser tan temprano se llenó la capilla de gente, deseosos de asistir al santo Sacrificio; como no tienen allí misionero fijo aprovechan estas ocasiones, que son para ellos extraordinarias y como dias de fiesta. A las cuatro y media salí otra vez en una lorchá que conducia chinos á Emuy...

Los chinos cristianos que no han salido de su país son fervorosos por lo general, y en el viaje que hice al distrito de Chiong-chiu me parecieron sus naturales

de costumbres más suaves y carácter más dulce que los de las montañas de Fogan.

Cuatro horas después de haber llegado á Emuy me anunciaron que el vapor *Diamante* estaba para salir, y á las dos de la tarde me embarqué en él para Hong-Kong.

Al concluir resumiré diciendo que nuestra Mision de Fo-Kien tiene 32,624 cristianos, y todos los años se aumenta el número: hay 35 iglesias y 18 capillas.

INDOSTAN.

Carta del Rdo. Fourcade, de la sociedad de las Misiones extranjeras de Paris, misionero de Pondichery.

El Ilmo. Laouenan, vicario apostólico de Pondichery, nos transmite esta carta de uno de sus más celosos misioneros, en que da detalles conmovedores respecto á sus neófitos de Alladhy, sus buenas disposiciones y la pobreza que les aflige. ¡Quiera Dios que este relato aliente la caridad de nuestros bienhechores en favor de la *Obra de la propagación de la fe!*

Alladhy, 28 de diciembre de 1882.

Dos años há os hice la siguiente pregunta: «Si en el porvenir se nos presentan idólatras de elevada casta, ¿habría que acogerlos ó rechazarlos?» y luego añadí el detalle de los considerables gastos ocasionados por estas conversiones. Por toda respuesta elevásteis los ojos al cielo.

Al cabo de diez días me dijisteis: «Lo he reflexionado todo; poned vuestra confianza en Dios, y continuad acogiendo las familias que se os presenten bien dispuestas.»

Desde entonces he bautizado tres familias, lo que eleva á veinte el número de casas de neófitos de elevada casta. En los pueblos de los alrededores cinco ó seis familias corren peligro de perderse: permitid que os entere de su situación.

Durante el catecumenado les construí un cobertizo para estudiar en él las oraciones y guisar la comida. Terminada su instrucción, yo hubiera debido comprar un terreno fuera del cercado de la capilla y edificar para cada familia una cabaña de unas veinte rupias. De una propiedad que se encontraba allí frente se pidió un precio exorbitante, así es que á causa de mi pobreza las cabañas se quedaron en proyecto. Con todo, no podía despedir á los neófitos sin exponerles á las burlas de los paganos ó á la apostasía. Dividí, pues, el cobertizo en veinte partes, y daba lástima ver el rincón que tocó á cada familia. Se me parte el corazón considerando cuán penoso ha de serles, á gentes acomodadas antes del hambre, encontrarse reducidas á tan miserable albergue.

Os suplico, pues, que me ayudeis á comprar un terreno en que pueda construir una cabaña para cada familia: entonces tendremos un hermoso pueblecito que con los años tomará grandes proporciones, y cuyos vecinos, viviendo frente de la iglesia y cerca del sacerdote, honrarán la Religión y se emplearán en convertir á los idólatras.

Y no es posible limitarse á la construcción de cabañas, pues la posición del sacerdote sería penosísima, toda vez que el hambre y la miseria no han abandonado estos parajes.

Menospreciados como párias por los paganos, que se

juzgarían deshonorados concediéndoles el fuego ó el agua, y que nunca les permitirán la entrada en su casa, estos infelices no tienen otro apoyo que el misionero. ¡Cuántas veces siento mi corazón lacerado á la vista de los niños escuálidos, llorando de hambre, hambre que ¡oh dolor! no está en mi mano remediar!

Durante la época de los trabajos están todos ocupados, y entonces no me son de carga alguna; pero lo que ganan basta apenas para su cotidiano sustento: así es que cuando cesa el tiempo de los trabajos ó enferman, tengo que proveer á su subsistencia y á los remedios; y cuando carecen de vestidos no puedo dispensarme de procurárselos. Si el hambre les aprieta, lo que sucede la mitad del año, están constantemente á mi puerta.

¿A qué medio recurrir para hacer la posición del misionero menos penosa y poner estos neófitos en estado de bastarse á sí mismos? No veo otro sino comprarles tierras, bueyes y todo lo preciso para trabajar la tierra. Como son laboriosos, recogerán una cosecha que les servirá durante la falta de trabajo. No hallándome en disposición de hacer este gasto considerable, el pueblo en proyecto nunca podrá realizarse, y estas familias, no pudiéndolas sostener como hasta ahora, se dispersarán, dirigiéndose á lugares distantes en donde se ignore que son cristianos; los paganos los considerarán como de los suyos, y su pérdida quedará consumada.

De esta suerte he perdido ya cinco ó seis familias, y á cada partida siento hondo pesar, como si me rasgasen el corazón. ¿A qué atribuir tales deserciones? Estas infelices gentes mueren aquí de hambre, y además preciso es confesar que los padres son cristianos de poca fe. Mas los niños, ¡oh! los niños practican virtudes verdaderamente heroicas, de lo que es prueba incontestable la siguiente historia.

Maleapen es un viudo bautizado cinco ó seis años há, que tiene una hija y un hijo: la primera cuenta once años y se llama Rosita, para distinguirla de otra Rosa, de la que también pudiera referir hermosos rasgos.

Hace cuatro meses tuve que ausentarme bastante tiempo. Maleapen, desfalleciendo de hambre por falta de trabajo, resolvió huir. Una noche á las diez condujo á cierta distancia á los dos hijos y les dijo:

—Huyamos; en otra parte encontraremos trabajo y arroz.

Rosita, que comulga todos los meses, prorumpió en llanto.

—Ea, anda y no llores, le dijo el padre.

—Nunca abandonaré la iglesia, contestó con voz entrecortada por los sollozos.

—¿Quieres acaso morir de hambre aquí?

—Si morimos aquí, iremos al cielo.

—Pues bien, quédate si quieres; yo voy á vivir en cualquier parte.

—No os vayais, padre.

Maleapen desapareció con el niño, y Rosita quedó sola bañada en llanto. ¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!

Como por inspiración, la cándida jovencita cae de rodillas, se vuelve hacia la capilla, levanta al cielo sus manos inocentes, y exclama: «¡Dios mío! si me restituís mi padre, os prometo echar una rupia en el cepillo de la iglesia.» Cesa en tus llantos, tierna Rosita, el Ángel del Señor ha recogido tu oración en su incensario de oro, y ella ha derramado ante el Eterno un perfume de grato olor. ¡Cuál no fué el gozo de la niña viendo que

breves instantes despues entraba su padre en la cabaña!

A mi regreso, Rosita vino á encontrarme; parecia triste y turbada.

—¿Qué has hecho, hija mia, que estás triste?

Por toda respuesta se puso á llorar.

—¿Qué te sucede, pues? Expílicate.

Entonces me refirió, entre lágrimas y suspiros, la historia de su voto: ¡qué dulce emocion embargaba mi alma al escucharla!

El angelito terminó su relato diciendo:

—Mi padre regresó despues de mi voto y debo cumplirlo; mas como no tengo esta rupia, os suplico que me la presteis, Padre, y yo os la devolveré, sea reuniendo estiércol para vuestra huerta, sea dándoos gazpacho en tiempo de la cosecha.

¿No es verdad que Rosita florece muy temprano, y

que tenía razon al decir que los niños de Alladhy practican hermosas virtudes? Son unos veinte y asisten á la misa y rezan el Rosario todos los dias. Su delicia es hacer la Comunion del primer viernes de cada mes. Con semejantes elementos estamos seguros de que podríamos fundar un pueblo en que florecerian las más hermosas virtudes. ¿No habrá almas caritativas que se compadezcan de estos infelices, y que me ayuden á la fundacion de mi pueblecito? ¡Oh! ¡cómo se orará á Dios por ellas!

CRÓNICA.

Suiza.—Su Santidad el papa Leon XIII acaba de nombrar obispo de Lausana al Rdo. Savoy, director y



PALESTINA.—Vista de Saida, antigua Sidon. (Pág. 115).

profesor de derecho canónico en el gran seminario de Friburgo.

Nacido el 14 de abril de 1643 en Attalens, el reverendo Savoy fué ordenado sacerdote en 1868 y enviado de vicario á Bulle: dos años más tarde fué encargado de la importante parroquia de la Tour de Bresme, y las raras cualidades que demostró en el ejercicio del santo ministerio le hicieron elegir en 1877 para llenar las funciones de director en el seminario. El Rdo. Cosandey, que era entonces superior, le profesaba particular afecto, y, dice la *Liberté* de Friburgo, «Desde lo alto del cielo donde intercede por su diócesis, no habrá sido extraño sin duda al encumbramiento de este digno sucesor á la Sede episcopal de Lausana.»

Siberia y Cáucaso.—De un periódico de Posen, el *Przegląd-Koscielny*, extractamos lo siguiente:

«En la Siberia encuéntranse pobres y miserables capillas, conmovedores monumentos de la piedad de muchos deportados políticos. Estos santuarios han sido levantados á costa de mil sacrificios por aquellos infelices y otros incorporados en las filas del ejército ruso. Las hay en las ruinas de Nerczynsk, en Irkutsk, en Krasnoíarsk, en Tomsk, en las estepas del Ural y en las montañas del Cáucaso. La mayor parte datan del reinado del czar Alejandro, cuando la persecucion se ensañaba con mayor violencia á orillas del Bug y del Niemen.

«Los periódicos de Varsovia, han dado recientemente algunos detalles acerca la construccion de uno de esos

santuarios en Diszlagar. La primera idea de tal construcción fué debida á un ingeniero llamado Julian Surzycky, condenado en 1846 á ser incorporado en el ejército ruso como simple soldado. Su propuesta fué acogida con júbilo por los otros deportados, é inmediatamente se puso manos á la obra.

«A la sazón podía disponerse de muy poco tiempo, á causa de la continua guerra empeñada contra los montañeses. Los soldados dormían por turno, unos de día y otros de noche. Los polacos, abreviando el tiempo concedido al sueño, cortaban árboles, los precipitaban de lo alto de las rocas y los arrastraban hasta la fortaleza. Amasaron también arcilla, mezclándola con juncos, y de este modo fabricaban ladrillos que hacían secar al sol. Las paredes se elevaron con rapidez, mas los montañeses, imaginándose que el nuevo edificio era una fortificación, armaron celadas á los obreros, y varios polacos perecieron, regando así con su sangre la pobre cabaña que levantaban para gloria de Dios.

«Julian Surzycky refiere que cuando oyó por primera vez cantar en esta capilla del Cáucaso el *Święty Boże* (1), se deshizo en lágrimas, y que compartieron su emoción los otros desterrados y aún los rusos á quienes había atraído la curiosidad. El nuevo santuario estaba cubierto con cañas, y la pequeña torre coronada por un cruz. Los ornamentos, misal, lencería, etc., lo expidieron los católicos de Varsovia y Lublin. La bendición de la capilla tuvo lugar el 8 de mayo, fiesta de san Estanislao: en el interior se había adornado con flores las paredes, y celebró la ceremonia el Rdo. Pruszkowski. En una memoria de aquella época se lee que cuando el czar Nicolás tuvo conocimiento del espíritu de fe y piedad con que se construían tales capillas, se sintió conmovido, y prohibió que se les opusiesen obstáculos.

«Por espacio de más de treinta años los deportados polacos oraron en esta capilla, hasta que en 1881 los enemigos la devastaron y la arruinaron completamente. Sobrepeliz, cáliz, cruces, banderas, todo fué arrebatado. «Este oratorio ya no es sino un desierto, escribía el reverendo Warpucinski, uno de esos misioneros que en los países de deportación viajan continuamente para dispensar á los católicos dispersos los consuelos de la Religión. El venerable apóstol hace un llamamiento á la caridad en favor de esta pobre iglesia saqueada, despojada de todo, y cuyo techo derrumbado y ventanas rotas dejan penetrar la lluvia en el interior.»

Turquía.—De una carta fechada en Constantinopla el 26 del último enero, tomamos lo siguiente:

«El patriarcado griego no unido está muy alarmado por las conversiones de los búlgaros y sobre todo de los griegos, y no cesa de elevar á la Puerta otomana relaciones quejándose del proselitismo del clero católico. En una nota oficial ha pedido al ministro de Justicia y de Cultos que obligue á los sacerdotes búlgaros y griegos católicos á que cambien el bonete, hoy día idéntico al que usa el clero cismático; pues el patriarca Joaquín pretende que, merced á esta semejanza, nuestros sacerdotes se introducen entre las poblaciones griegas y sorprenden la buena fe de los fieles, siendo esta,

(1) El *Święty boze* (Dios santo) es el canto más popular de Polonia. En las solemnidades, cuando al fin de la misa ó por la tarde después de la bendición con el santísimo Sacramento, toda la asistencia entona este cántico, que semeja un grito de angustia, el efecto que produce es sumamente conmovedor.

añade, la causa de las conversiones al Catolicismo.

«El Ministro ha comunicado esta nota al Ilmo. Azarian, al Ilmo. Yussef, patriarca de los melquitas, y al Ilmo. Nil Isvoroff, obispo administrador de los búlgaros unidos. Estos prelados contestaron negándose formalmente. Si el patriarca griego se saliese con la suya de hacer cambiar el bonete del clero católico por el único motivo de ser idéntico con el de su clero, más tarde intentaría hacer modificar los hábitos eclesiásticos que son exactamente de la misma forma.

«En Malgara el clero y los notables griegos no unidos han redoblado sus esfuerzos para ahogar, si es posible, la nueva Misión católica. Por desdicha el subgobernador, hombre venal, se ha puesto completamente á disposición de nuestros enemigos. Ha prohibido á la población que se reúna en un cobertizo, en el que se había improvisado una capilla, so pretexto de que el misionero no poseía un firman. Más grave es aún la recrudescencia de la persecución contra los búlgaros católicos de la provincia de Salónica. Por orden del patriarca griego no unido, que en otro tiempo fué metropolitano de dicha provincia, los obispos de la misma han puesto manos á la obra, y como el gobernador civil, Ghalibajá, les es favorable, han encontrado otro instrumento para perjudicarnos. En Salónica hay un Consejo de guerra permanente, cuyo presidente, vendido al partido de los cismáticos, ha hecho encarcelar por simple acusación á los notables búlgaros católicos de los pueblos, y hasta un musulmán que se presentó al tribunal marcial para deponer en descargo, fué encerrado en una prisión.

«Los emisarios de los obispos griegos recorren actualmente las poblaciones, diciendo que no hay salvación para los búlgaros católicos, si no se someten completamente. Los cismáticos están muy alarmados viendo que el movimiento de conversiones se extiende hacia Monastir, en donde ya los 150,00 valacos, deseosos de emanciparse del yugo de los griegos, están más ó menos dispuestos á entrar en la Iglesia católica. Es de esperar que la sublime Puerta atará corto á los agitadores y devolverá á los búlgaros la seguridad y el libre ejercicio de su culto.

«El 12 de febrero debe partir para Constantinopla el Ilmo. Luis Rotelli, nombrado delegado apostólico en reemplazo del Ilmo. Vanutelli. Nació en Corciano, diócesis de Perusa, en 26 de julio de 1833, y por consiguiente tiene la juventud y la actividad que se prestan á los grandes trabajos apostólicos. Recientemente ocupaba la Sede episcopal de Montefiascone.»

Siria.—El P. P. Garnier, de la Compañía de Jesús, escribe desde Ghazir (Monte Líbano) el 25 de setiembre de 1882:

«Ghazir era hace pocos años como el foco de la Compañía de Jesús en Siria. El colegio-seminario que aquí teníamos ha educado durante cerca de cuarenta años, no sólo muchos discípulos laicos que encontramos en todas las ciudades del Oriente en las más honrosas posiciones de la sociedad, sí que también gran número de sacerdotes. Estos sobre todo recibían en él una instrucción y formación iguales á las que los mejores seminarios de Europa dan á los aspirantes del sacerdocio.

«En un verdadero consuelo para mí tributar á estos sacerdotes procedentes del seminario de Ghazir el testimonio que merecen. Sus conocimientos les ponen en

estado de llenar cumplidamente todos los misterio, de su santa vocación; y su celo les mueve á trabajar con ardor por la salvación del pueblo. El bien que ya hacen irá en aumento. En otro tiempo, la escasa libertad concedida á los cristianos, y al clero sobre todo, no permitía el establecimiento de esas obras admirables de los pastores de las almas: catecismos, sermones y ejercicios espirituales. Ahora que gozan de mayor libertad estas obras nacen y se multiplican. El clero, encontrando más medios de instruirse, dará á su vez lo que él mismo ha recibido, esa enseñanza oral que es la vida de la inteligencia en la Iglesia.

«Hace siete años que nuestro colegio-seminario fué transportado á Berito, convirtiéndose en una verdadera universidad, en estado de satisfacer todas las necesidades del país respecto á instrucción. Ahora sólo tenemos en Ghazir, para el pueblo, una escuela externa que no es nueva, pues existió siempre á la sombra del colegio, y la conservamos, como desde su origen, enteramente gratuita.

«En ella da pruebas de abnegación hace muchos años uno de esos sacerdotes, antiguos discípulos nuestros, de quienes he hablado. Hizo en nuestro seminario sus estudios completos, y dedicado á la enseñanza, ocupa su puesto veinte y cinco años há por lo menos, haciendo así un inmenso servicio á su ciudad, cuya juventud instruye.

La escuela está siempre vigilada y dirigida por los Padres. Todas las mañanas se ve ese centenar de niños asistir al santo Sacrificio con un orden y recogimiento que sorprende á los extranjeros. De rodillas en el pavimento, en filas y los brazos cruzados, los discípulos oran y cantan en árabe los cánticos y letanías con sus voces vibrantes y en los tonos elevados de los cantos del país. Concluida la misa van á la clase. Durante la recreación los que estudian francés sólo pueden hablar en esta lengua. Nada mejor para que hagan rápidos progresos: así es que cuando un viajero llega al país no queda poco sorprendido oyéndose saludar en francés por tales niños. Ninguna timidez les retiene, y si el extranjero se presta, entran desde luego en conversación con él.

«Estos discípulos nos demuestran la mayor confianza y expansión, pues saben que les profesamos amor de padre.

«Los niños de nuestra escuela tienen que presentarse á confesar por lo menos todos los meses, y lo hacen con mayor frecuencia todavía. No sólo aprenden la letra del catecismo, si que además uno de los Padres se lo explica cada semana públicamente en la iglesia. Un Padre les prepara asimismo para la primera Comunión, á la que precede un retiro de tres días, y procuramos rodearla de la misma solemnidad que en nuestra patria.»

Dos-Guineas.—El Sr. Marcelo Tissot escribe con fecha 29 de enero de 1883 al Superior general de la Congregación del Espíritu Santo:

«No puedo resistir al deseo de comunicaros la carta del rey Félix, en que me da gracias por unos libros que le envié.

«Este rey lo mismo que su mujer recibieron educación católica, el primero entre vuestros misioneros del Gabon y la segunda entre las Hermanas que tienen un establecimiento en este país.

«Los sentimientos de piedad del joven príncipe de-

muestran que los misioneros saben instruir y civilizar á los pueblos salvajes.

«Dice así la carta:

«Gabon, 4 de mayo de 1882.

«Apreciable señor: El buen P. B..., que me quiere mucho, os habló sin duda de mí, y esta nueva bondad de su parte me ha valido la dicha de ser conocido de vos y de vuestra piadosísima y amable esposa.

«Desde entonces me habeis honrado con vuestra estimación y simpatía, y recientemente tuvisteis la bondad de hacerme el presente de hermosos libros, escritos por vos mismo.

«He leído con placer vivísimo vuestro sabio trabajo, que hace amar la bella religión que teneis el valor de confesar y defender, aún en esos tiempos tan difíciles en que el mundo se encarniza contra ella.

«Animado por vuestro noble ejemplo, me adheriré más y más á la noble religión católica que los excelentes misioneros nos hacen conocer desplegando un celo, una caridad y una abnegación indescriptibles. El P. B... ama mucho á los negros; misionero infatigable y lleno de celo por la salvación de las almas, ha emprendido animosamente la obra y hace mucho bien.

«¡Felices las familias á que pertenecen estas grandes almas!

«Dignaos ofrecer mis respetos á vuestra amable esposa, y aceptad las más sinceras expresiones de mi sincero afecto y vivo reconocimiento.

«C. Félix Rapontyombo, rey.»

Costa de los Esclavos.—Un miembro de las Misiones africanas de Lyon escribía recientemente una carta de la que extractamos lo siguiente:

«Héme otra vez en Porto-Novo. Estoy encargado de enseñar el catecismo en nago á los niños de la Misión y de ir á visitar á paganos y cristianos. En Lagos se hace lo mismo. La enseñanza en lengua del país tiene la inmensa ventaja de iniciar brevemente á los niños y adultos en el conocimiento de nuestra santa religión. Aprenden de memoria fácilmente las oraciones para mañana y noche, y he visto paganos que se las hacían repetir para aprenderlas también. El catecismo en nago no es difícil, y los niños están más pronto preparados para la primera Comunión que si se les enseñase en lenguas europeas.

«Tenemos terribles enemigos, y no podemos combatirlos con eficacia sino poseyendo perfectamente las lenguas del país. Los protestantes todo lo invaden con verdaderos ejércitos de ministros y de maestros de escuela negros. Desde Lagos á Abeokuta he contado ocho estaciones. ¡Cuán doloroso es que no contemos con los recursos indispensables para establecer en todos esos centros populosos buenos catequistas que llenarían al mismo tiempo las funciones de maestros de escuela! Nuestro catequista de Whydah hace prodigios; tiene más de 120 niños: lo que se realiza en este punto pudiera hacerse en los demás, pues los paganos se entregan al primero que llega. En un pueblo, á orillas del Ogun, en donde me detuve, casi todos los niños frecuentaban la escuela y á la noche gran número de habitantes acudían á hacer la oración con el ministro.

«Los musulmanes son aún más temibles que los protestantes. Merced á la facilidad de su doctrina se multiplican rápidamente. Hasta estos últimos tiempos los paganos los habían mantenido en respeto en la orilla

izquierda del Niger; mas á causa de las guerras incessantes de las diversas tribus entre sí, los maleses han podido franquear el rio, y se esparcen por todas partes, fijándose con preferencia en los centros comerciales, donde establecen mezquitas y abren escuelas. Felizmente son muy ignorantes, y apenas saben leer los Coranes que los protestantes les venden. En la librería de las Misiones protestantes de Lagos pueden comprarse sus Biblias, dichos Coranes y los libros de piedad católica. Esta confusion de doctrina favorece la indiferencia de los negros y los convierte en musulmanes.

«Combatimos á toda costa esas perniciosas doctrinas, y tenemos el consuelo de ver que un feliz éxito corona nuestros esfuerzos.

«Los niños frecuentan en mayor número nuestras escuelas, y hasta los adultos vienen por la noche á instruirse. Para estos últimos el método histórico es preferible al catecismo por preguntas y respuestas. Las imágenes son auxiliar poderosísimo para enseñarles. El negro tiene feliz memoria; pero no se toma el trabajo de reflexionar. Las imágenes predicán la doctrina por sí solas. Durante mi estancia en Abeokuta, paganos, protestantes y musulmanes venían á ver los cuadros que teníamos expuestos en la Mision. Los niños de la escuela que eran capaces, explicaban á los viejos el sentido de cada grabado.

«Los maleses y los paganos, á quienes sería más difícil, si no imposible, hablar de Religión, son los más asiduos y curiosos. Mas no tengo sino tres imágenes, y necesitaria todos los asuntos del Antiguo y del Nuevo Testamento. ¡Lástima que mi bolsa esté vacía!...»

Cabo oriental (Africa meridional).—En la pág. 117 publicamos el retrato, tomado de una fotografía, del Ilmo. Jaime Ricards, obispo titular de Retimo y vicario apostólico del distrito oriental del Cabo de Buena-Esperanza. Este celosísimo prelado se propone la civilizacion y conversion de 200,000 cafres de su vicariato, á cuyo objeto le ha parecido conducente fundar dos monasterios de Trapenses, uno en la colonia, entre Grahamstown y Puerto-Isabel, y otro en la frontera, en medio de los cafres Tambukias, habiendo concedido ya el gobierno colonial considerable terreno. Su Santidad el papa Leon XIII se dignó conceder la bendicion apostólica á todos los que secunden tan buena obra. Aquellos cafres, que tienen aptitud natural para la agricultura, no pueden menos de ser estimulados viendo las granjas-modelos creadas por los trapenses en medio de ellos.

Islas Seychelles.—Por la última mala de las Indias hemos recibido interesantes detalles acerca la llegada del Ilmo. Sinforiano Monnard en Puerto-Victoria. El nuevo Vicario apostólico de las Seychelles ha encontrado en la capital de estas islas la más cordial y respetuosa acogida. Todos los Padres Capuchinos del archipiélago, lo mismo que las autoridades civiles y militares, lo acompañaron solemnemente á su iglesia catedral. El obispo contestó en inglés y en francés á las felicitaciones de bienvenida y á las protestas de adhesion. Despues de su instalacion, el Prelado tuvo una gratísima sorpresa. En la pequeña isla Teresa existe una familia, quizá única en el mundo: ¡la madre cuenta 130 años, y su hijo más jóven 95! Esta longevidad está perfectamente certificada. Considerable número de hijos, de nietos y

viznietos se agrupan en torno de la «madre,» como todos la llaman. Los misioneros hacia algun tiempo habian preparado para el sacramento de la confirmacion á todos los miembros de esta familia, que han recibido así las primicias del poder episcopal del Ilmo. Sinforiano.

Canadá.—Un misionero nos escribe desde Sault Santa María (Canadá):

«Hace algun tiempo que me encuentro en la nueva diócesis de Peterborug (Ontario): mi obispo, el Ilmo. Jamot, tenia necesidad de un sacerdote para ocupar la residencia del Sault Santa María, y á ella me ha enviado. Sólo cuento unas veinte familias mestizas (canadienses salvajes).

«En esta localidad he podido estudiar sobre el terreno el carácter de los salvajes del Norte, y compararlos con los de las islas del Pacífico. Existen curiosas analogías. Advierto igual pereza y desidia. Allí como aquí, la civilizacion no obra maravillas. Los misioneros, en estos puntos como en todos, llevan su abnegacion hasta el heroismo. Anteayer un Padre jesuita se detuvo en mi habitacion de paso para una de sus Misiones. Su equipaje se compone de una plancha en forma de trineo, sobre la que están atados los bagajes, los objetos del culto y algunas provisiones. Dos perros arrastran este vehículo. El Padre, despues de celebrar la santa Misa á las cinco, continuó su camino al asomar la aurora. El frio era rigurosísimo. El misionero sujetóse las abarcas, y vedle ahí trotando tras los perros. Anda de esta suerte cinco ó seis leguas, sin detenerse, á través de inmensos bosques, de colinas escárpadas y de montañas. En los altos corta algunas ramas para hacer fuego, prepara el té, comparte con sus corceles una corteza de pan, y luego tiene que apresurarse para alcanzar una cabaña antes de llegar la noche... Con frecuencia las tempestades y fatigas retardan la marcha... El sol desaparece, y no puede ir más adelante. Entonces acampa: derriba algunas ramas de abeto y cena como ha comido. Envuelto en un cobertor, el misionero duerme entre sus dos perros, como en otro tiempo Jesús entre el buey y el jumento y bajo la mirada de los Angeles...

«El día siguiente el sacerdote llega á una estacion, donde celebra la Misa, confiesa, bautiza, alienta, rehabilita y sana á esas infelices almas... Este es su descanso y su gran gozo. El salvaje le ofrece el rincon más bueno de su choza, empero tiene que pasar la noche en atacar y destruir los abominables insectos que la llenan, lo que es más terrible aún que el hambre y la sed.

«Nuestro santo obispo, el Ilmo. Jamot, no desdeña este sublime y heróico ministerio. Desde su promocion al episcopado ha recorrido más de 400 leguas compartiendo todas las aventuras y fatigas de sus sacerdotes.

«Estos detalles no son nuevos, ya lo sé; mas si los generosos bienhechores de la *Propagacion de la fe* pudiesen ver con sus ojos esas inmensas comarcas entrecortadas de lagos, de precipicios, de bosques sin fin, de peligrosas corrientes; si pudiesen tener una idea de la intensidad de esos frios que penetran hasta la medula de los huesos; si viesen al misionero, jesuita ú oblató, arrostrar todos los peligros, soportar todas las privaciones, sacrificarse por correr tras esas tribus nómadas y ganarlas al divino Maestro, ciertamente les llenaria de alegría viendo que sus ofrendas los ponen en participacion de tantos méritos.

«El Canadá es el país en que se encuentran más salvajes. El Gobierno americano acaba de destruir en el Far West las últimas tribus de indios, y esos desventurados se corren hacia el Norte, donde se les deja tranquilos y se les dan verdaderos misioneros... Ya sabeis cuánto bien hace la sociedad de los Oblatos desde el Rio Rojo hasta las Montañas Berroqueñas... Los Jesuitas quedan encargados de todas las Misiones del lago Superior hasta el lago Nipissing. Contamos allí con el famoso P. del Banquet, cuya historia, si la refiriésemos, parecería unaleyenda, hasta tal punto es heroica...»

Athabaska-Mackenzia.—El P. Lecorre, misionero apostólico, actualmente en Francia, escribe desde Hyes el 14 de enero último;

«Tenemos en el fondo de la América una escuela de huerfanato que representa un pasado de quince años de trabajos y sacrificios extraordinarios, que nos consuela en el presente, y en el que descansa gran parte de nuestra esperanza para el porvenir; pero que á causa de nuestra pobreza está amenazada de ruina.

«A orillas del rio Mackenzia, á los 68° de latitud, América del Norte, á 3,000 leguas de aquí se escalonan, á grandes distancias, nuestras estaciones católicas y las más numerosas de la Compañía inglesa de la bahía de Hudson.

«Pues bien, entre estas Misiones tan aisladas unas de otras, una sobre todo atrae la admiracion, el respeto y la alabanza de los oficiales de la Compañía, y provoca el desaliento en el ministro ó maestro de escuela pro-



SIAM.—Vista del palacio principal de Bang-kok. (Pág. 118).

testante. Con su elevado campanario, sus blancas casas de madera, sus campos cultivados, su reducida poblacion, tan fervorosa y activa, tiene «el aspecto de los países antiguos,» expresion en uso para designar los pueblos civilizados.

«Nuestros Padres y Hermanos de todas las Misiones del distrito Mackenzia, se complacen en mantener con la estacion central de la Providencia frecuentes relaciones de simpatía y gratitud.

«Los señores empleados de la Compañía, que á su paso en tren ó en buque, nunca rehusan sentarse á la mesa de la Providencia, no pueden menos de reconocer los magníficos resultados obtenidos con tan débiles recursos.

«Respecto á los ministros protestantes que afluyen cada año, de manera que pronto se les podrá llamar

una legion, la Mision de la Providencia es para ellos un reto permanente á todas sus empresas é insinuaciones.

«Son emprendedores, en efecto, y ocupan casi todos los puestos de la Compañía á la vez; fundan escuelas en gran número, para las que hacen venir jóvenes adeptos de ambos sexos. Son tambien muy ricos: las Sociedades bíblicas dícese que disponen de 75 millones. Y en cuanto á los medios de propaganda, todos son buenos, como me lo ha declarado formalmente el famoso ministro que está á su frente.

«Además de los Padres hay en la Providencia una reducida colonia de Hermanas de la Caridad, cuyo solo nombre recuerda, aún en pleno país salvaje, el respeto, la admiracion y el amor, tanto de parte de los protestantes sinceros como de los católicos.

«Las Hermanas cuentan hoy unos cuarenta niños, huérfanos y pensionistas, de las tribus salvajes y de las familias mestizas. Ciento tendrían si la bolsa de los ministros pudiese cambiar de manos... Con todo, esta cifra, por reducida que sea, es poderosísima y tiene en jaque todos los esfuerzos de nuestros enemigos, pues cada uno de estos niños, representa la fidelidad de una familia y aún de una tribu.

«—Tenemos uno de los nuestros en el convento,—publican altamente la familia ó la tribu, lo que para el ministro del error es como si le dijese: «Es inútil que os canseis en hacer propaganda entre nosotros: somos de la religion de los Padres que han recogido á nuestros niños, de las Hermanas que se desviven para educarlos cristianamente.»

«Y estas familias reciben de vez en cuando encantadoras cartitas. ¡Cuántas veces, en tal ó cual Mision distante de la divina Providencia, he visto á los parientes radiantes de gozo y satisfaccion, traerme una de esas preciosas misivas! ¡Ah! ¡una serie de sermones los más elocuentes no les uniría más á nuestra Religion santa que esas breves líneas remitidas desde el colegio del sagrado Corazon!

«Estos niños, á su vez, cuando mayores se dispersan y forman familias cristianas, y merced á la educacion recibida ocupan plazas honrosísimas en el servicio de la Compañía. Doce de ellos se han establecido ya, y por su excelente conducta, por su solicitud en auxiliar á los misioneros, por su celo en conservar entre los suyos y defender contra los asaltos del error la influencia del dogma y del culto católicos, nos dan la medida de las esperanzas que podemos legítimamente abrigar respecto á esta bendita obra.

«¡Qué prueba tan cruel tendríamos que sufrir si la pobreza nos obligase á cerrar nuestras escuelas!...

«Me atrevo á esperar que el Señor se dignará apartar de nosotros esta cruz; y las presentes líneas, que serán leídas por millares de lectores de corazon generoso, despertarán probablemente algunas simpatías en favor de nuestro huerfanato.

«Si así sucede, olvidaremos una vez más la privacion de pan y el frio de las noches pasadas en la nieve viajando, y los padecimientos aún del hambre, para pensar solamente que podremos continuar educando á esos niños, en quienes se cifra la victoria y el porvenir de nuestra santa causa.»

COSTA ORIENTAL DE AFRICA.

VIAJE EN EL UDOÉ Y EL USIGUA.

VI Y ÚLTIMO.



Al terminar este relato, me parece útil dar lugar aquí á una reflexion que con frecuencia he tenido que hacerme tanto en este viaje como en los que emprendí en los años precedentes; reflexion que, por lo demás, se hacen todos los que conocen esta parte del Africa y compadecen las desventuras de la raza negra: tal es la de que nunca se deplorarán bastante los lamentables resultados del tráfico de carne humana que se ha practicado en estos países durante siglos y que continúa aún hoy, á pesar de la prohibicion

del sultan de Zanzíbar y de la activa vigilancia de los cruceros ingleses.

No quiero pintar las abominables *razzias* hechas en el interior, el incendio y la ruina de poblaciones y provincias enteras, el asesinato y el robo de pueblos felices, libres y pacíficos: Livingstone dijo ya que la descripcion más indignada quedaria muy por debajo de la verdad. No obstante, voy á referir algunos hechos de los que he sido cotidiano testigo durante quince años y en cuyo apoyo aduciré algunas cifras.

Siendo Zanzíbar el centro de todo el comercio de la costa oriental de Africa, al mercado de esta ciudad se transportaba desde diversos puntos del continente, especialmente de Quiloa, la mayor parte de los esclavos arrebatados en el interior: desde allí se les expedía para el Egipto, Arabia, golfo pérsico, etc. Este comercio era lucrativo y por consiguiente muy buscado, puesto que no había más que robar y vender. Así es que todos los días llegaban al puerto embarcaciones cargadas con esta mercancía humana, de la que estaba llena la aduana. Era un espectáculo que partía el corazon ver tantos centenares de infelices, así hombres como mujeres, niños, ancianos y jovencitas, semeando esqueletos ambulantes, embrutecidos por el sufrimiento, desnudos casi todos ó teniendo sólo un miserable giron para cubrirse! La aduana inscribia á todos los que pasaban, pues el propietario tenía que pagar tanto por cabeza, y de allí los esclavos pasaban á manos de los corredores que todos los días los conducían á una plaza pública ó los exponían en el mercado de cuatro á seis de la tarde. Luego volvían, y al cerrar la noche se les encontraba en las calles de la ciudad, marchando en largas hileras, y pudiendo apenas sostenerse en pie, mas excitados por el temor al látigo que resonaba continuamente en sus oídos, y ayudándose mutuamente apoyando las manos en los hombros de los que les precedían. Por demás es repetir las escenas de horror y de abominable depravacion que se presenciaban en aquellos mercados de ignominia. Algunos viajeros han hablado de ello, mas por respeto á sus lectores tuvieron que callar muchas cosas, y yo me veo obligado á hacer como ellos. Ninguna feria de ganado puede dar idea de un mercado de esclavos.

¡Mi corazon mana sangre aún y mis ojos se llenan de lágrimas, recordando todo lo que presencié allí durante quince años!... ¡Ah! ¡cuánto sentimos entonces no tener bastante dinero para rescatar gran número de aquellos infelices, para arrebatar por lo menos á la esclavitud y á la prostitucion pública á todos aquellos que tendían á los misioneros sus manos enflaquecidas, dirigiéndoles esta desgarradora súplica: «¡Blanco, cómprame!»

Gracias no obstante á los donativos de los generosos bienhechores de nuestras obras, pudimos liberrar algunos centenares de esos infelices negros. Los que eran abandonados como inútiles ó moribundos, los recogíamos é instruíamos rápidamente, y los bautizábamos. La mayor parte de los que conseguimos reunir así, han trocado ya la esclavitud por el cielo, y tenemos la confianza de que son poderosos intercesores cerca de Dios para la mision y sus bienhechores. Los que han podido sobrevivir á las angustias del hambre, á los tormentos de la enfermedad y á los malos tratamientos de que fueron objeto (la mayor parte de ellos eran niños), han sido educados, intruidos y establecidos en matrimonio;

y esas familias, que lo deben todo á sus bienhechores de Europa, nos han permitido y nos permitirán ahora sobre todo establecer en el interior colonias cristianas en torno de las cuales vendrán á agruparse los infelices paganos. Hoy contamos todavía cerca de 600 de esos niños que Dios ha llamado á la libertad del Evangelio que son nuestro consuelo y nuestra esperanza.

Diffícil sería conocer la cifra exacta de los esclavos que pasaban por Zanzíbar. No obstante, cuando el viaje de sir Bartle Frere, enviado por el Gobierno británico cerca del sultan para obtener de Su Alteza la abolición de ese mercado público, supe por personas competentes y bien informadas que el censo hecho en la aduana daba por término medio 49,000 negros al año. Y si hoy día que los buques europeos despliegan tan loable actividad contra los negreros, lógrese, á pesar de todo, desembarcar buen número de esclavos en los diversos puntos de la isla, ¿cuántos cargamentos escaparían entonces á los registros de la administración y pasarían sin los derechos reclamados por la aduana? No es exageración elevar á 20,000 el número de esclavos así introducidos. Ahora bien, para proveer el mercado de 65,000 personas, era preciso seguramente perder más de una cuarta parte de los cogidos, ó sea 16,000 próximamente, á causa de la matanza hecha en las *razzias* generales, de las enfermedades contagiosas, y de las muertes ocasionadas por la miseria y los malos tratamientos. Recuerdo con un sentimiento de horror que no puedo evitar, que en mis viajes por el interior con el P. Horner, hemos encontrado en el Ukami los cadáveres infectos de toda una caravana en la que se ensañó el cólera y que quedó insepulta en el bosque. Llegamos, pues, á un total de 80,000 negros arrancados á su país en un año, lo que arroja para quince años un total de 1.200,000. En esta cifra no van comprendidos los transportados por tierra á lo largo de la costa y directamente expedidos á su destino: todos los días se les veía pasar por centenares encadenados uno tras otro y formando como un largo rosario. (V. el grabado de la pág. 101). ¡Tal fué la trata!

Después, merced á la intervención de los Gobiernos europeos y á las disposiciones tomadas por S. A. el sultan Said-Bargasch, que para cumplir un acto de humanidad se ha expuesto resueltamente á incurrir en las censuras y la aversión de muchos de sus súbditos, ha sido suprimida la venta de esos millares de seres humanos en la plaza pública de Zanzíbar y prohibida la importación de negros. Pero, á pesar de todas las medidas tomadas, la trata se hace aún y no sé si se logrará nunca hacerla desaparecer enteramente. Además, los dueños que poseían esclavos los han guardado, y sin introducirlos en la isla pueden comprarlos y venderlos. En el continente continúa también la esclavitud. Siendo ahora el negro una mercancía más rara, se paga más caro; las muchachas especialmente sólo se dan á un precio elevado. Por una consecuencia natural el esclavo tiene mejor trato. Cuando en Europa se declara la epizootia y arrebatada parte del ganado, ¿no está en el interés de los que especulan en él cuidar el resto lo mejor posible? La abolición del mercado público en Zanzíbar ha sido para los árabes la más terrible de las epizootias; lamentábase de ello como un azote y no pueden consolarse de las pérdidas que les causa.

No es de extrañar, pues, si después de tan bárbaro sistema de despoblación, practicado durante años y aun siglos, el viajero recorre hoy países enteros sin encon-

trar un solo pueblo, y si los habitantes que han podido salvar su libertad han ido á ponerla al abrigo de los más espesos matorrales y con frecuencia en los sitios más insalubres.

En resumen, los males del Africa son gravísimos, pero no imposibles de remediar: el Cristianismo tiene triaca para todas las heridas. En la mayor parte de las tribus del Zanguebar, no sólo sería tolerado el misionero, si que aún se le recibiría con mucho gusto: se solicita su presencia así que se le conoce, pídesese con instancia su venida y se lamenta su retardo, y es notable que aún entre antropófagos contemos excelentes amigos. En las ciudades y pueblos de la costa poco relativamente se puede hacer: el clima es allí generalmente malsano y la depravación musulmana paraliza la acción del Evangelio. Pero á dos, tres ó cuatro jornadas de camino tenemos ya salvajes, verdaderos salvajes, tan sencillos y quizá mejor dispuestos que á dos ó trescientas leguas en el interior. Añádase que allí los árabes han formado ya numerosas colonias para entregarse al comercio del marfil que no se encuentra en nuestros parajes y donde su influencia es mucho mayor que en ciertas tribus que nos son vecinas. Estas desventuradas gentes ¿estarán aún mucho tiempo llamando por así decirlo á nuestra puerta, pidiendo en vano el pan de la palabra divina, reclamando su parte de civilización cristiana y viendo brillar á lo lejos la luz de la cruz sin poder atraerla á su seno? No, no puedo persuadirme. El Evangelio, al que se sustituye hoy día en ciertos países Manuales firmados por pretendidos sabios; este Evangelio redactado por pescadores hace ya diez y ocho siglos, no será para nosotros harto viejo y sencillo: será leído aquí con consuelo, y quizá muchos creerán lo que enseña y practicarán lo que prescribe. Esperamos que la caridad europea, en medio de sus angustias, encontrará todavía algunos recursos para hacernos vivir, y que su celo nos enviará obreros apostólicos, jóvenes, fuertes y fieles, para reemplazar á los que sucumben, y cosechar en el gozo lo que sus antecesores han sembrado en las lágrimas!...

TIERRA SANTA.

XXV.

SAIDA (ANTIGUA SIDON).

Hénos aquí en la ciudad de los fenicios, en la antigua Sidon, reina del mar, cuyo nombre se repite con tanta alabanza en los anales del mundo; madre de Tiro y Cartago, que nos ha legado los descubrimientos más importantes, como son la náutica y, según algunos autores, la escritura. Homero habla de los sidonios como de un pueblo *diestro en todo*: los Profetas ensalzan su grandeza y pronostican su ruina.

En la división que hizo Josué de la tierra de Canaan, esta ciudad cupo á Aser: los límites de esta tribu se extendían hasta la gran Sidon y terminaban en Achzib (1). Los pueblos que los autores griegos llaman fenicios, llevan el nombre de cananeos en la sagrada Escritura, en cuyas páginas se consignan muchas guerras empeñadas entre Canaan é Israel. Eran sus principales deidades Baal y Astarté, ó sean el sol y la luna. Los he-

(1) Véase Josué, xix, 28.

breos cayeron con frecuencia en la idolatría de los fenicios, particularmente desde el reinado de Achab, que casó con Jezabel, hija de Etaal, rey de los sidonios.

Célebres fueron éstos entre todos los pueblos de Oriente por su industria, su laboriosidad y en especial por su comercio, que se extendía sobre la mitad del mundo á la sazón conocido.

Los artífices más hábiles que trabajaron en la edificación del templo de Jerusalem eran de Tiro y Sidon.

Sidon, ciudad que fundó á Tiro y fué su rival durante algun tiempo, cayó despues en su poder, y sucesivamente tuvo que rendirse al de Ciro, Alejandro y los romanos. Sobre ella habia profetizado Ezequiel (xxviii, 1. 20-23): «Y vino á mí palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, pon tu rostro contra Sidon; y profetiza-

rás sobre ella y dirás: Esto dice el Señor Dios: Héme aquí contra tí, Sidon, y glorificado seré en medio de tí: y sabrán que yo soy el Señor, cuando hiciere juicios en ella, y fuere santificado en ella. Y meteré en en ella pestilencia, y sangre en sus plazas: y caerán en medio de ella muertos á espada al rededor: y sabrán que yo soy el Señor.»

Sidon fué una de las ciudades que visitó el Salvador, y créese comunmente que en sus inmediaciones fué donde sanó á la hija de la cananea, diciéndo á su madre: «Mujer, tu fe es grande, hágase como deseas (1).»

Segun leemos en el Evangelio, entre los discípulos del Salvador contábase un crecido número de sidonios (2).

San Pablo tambien estuvo en Sidon, de paso para Italia: «Y el día siguiente arribámos á Sidon. Y Julio,



SIAM.—Entrada de un cuerpo de edificio de un palacio de Bang-kok. (Pág. 118).

tratando á Pablo con humanidad, le permitió ir á sus amigos para que se proveyesen de lo necesario (1).»

Durante las persecuciones, esta ciudad tuvo también sus mártires, entre los cuales merece mencionarse Zenobio, sacerdote y médico, que murió en Antioquía y cuya fiesta celebra la Iglesia en 20 de febrero.

Los primeros cruzados al pasar por Sidon fueron atacados por algunos musulmanes; mas sin que nada fuese parte para distraerles de su grande empresa, continuaron su camino hácia Jerusalem.

Hasta el año 1111 no cayó Sidon en poder de los cristianos, entrando en ella Balduino á las seis semanas de sitio. El emir y los principales moradores prometieron entregar las llaves al rey de Jerusalem, sin demandar más que la libertad de salir de la plaza con lo

que pudiesen llevar consigo. Cinco mil sidonios se acogieron al tratado abandonando la ciudad, y los restantes se sometieron al rey. Balduino fué auxiliado en este asedio por los peregrinos de Frisia, Inglaterra y Brema, y por diez mil noruegos acaudillados por Sigur, hijo del rey Magno, quien en recompensa de sus servicios sólo pidió al Rey de Jerusalem un pedazo de la verdadera cruz.

Arrasados los muros de la ciudad por los musulmanes de Damasco, san Luis mandó reedificarlos en 1152. En tanto que los cristianos levantaban de nuevo á Sidon, cayeron sobre ellos los turcomanos, sucumbiendo la población entera bajo la espada de los bárbaros. Noticioso del desastre el Rey de Francia, que se encontraba en Tiro, propúsose vengar la muerte de sus hermanos,

(1) Matth. xv, 28; Marc. vii, 25.

(2) Luc. vi, 17.

(1) Act. Apost. xxvii, 3.

yendo á sitiar á los turcomanos en el castillo de Paneas á donde se habian retirado. Llegado cerca de Sidon, el santo Monarca encontró los cadáveres de los cristianos que en torno de la ciudad yacian, comenzando ya á corromperse: mandó el Rey enterrarlos; y como nadie tuviese ánimo para hacerlo, invitó san Luis al Legado del Papa á bendecir un cementerio, y apeándose del corcel y tomando en brazos un cadáver que exhalaba insoponible hedor, exclamó:

—Amigos míos, demos un palmo de tierra á los mártires de Jesucristo.

Al punto imitaron todos su ejemplo, y los cristianos degollados por los bárbaros recibieron las honras de la sepultura.

En 1289 los cristianos fueron por última vez desposeidos de esta ciudad por los sarracenos.

Una carta que el emperador Federico escribió al rey Enrique de Inglaterra nos revela la importancia de aquella población en la época de las Cruzadas: «Nos han restituido Sidon con el campo y sus anexos. Esta ciudad debe ser tanto más útil á los cristianos, cuanto que hasta los sarracenos la han considerado como una de las más ricas de la comarca, pues era el depósito y el punto de comunicacion entre Damasco y Babilonia». Durante la dominacion de los primeros bajás la población ascendia aún á veinte mil almas; hoy sólo cuenta seis ó siete mil.

Domina la ciudad un mal castillo edificado sobre una colina á orillas del mar, no quedando de las fortificaciones antiguas más que algunos lienzos de muralla cuarteados. Las calles son angostas, abovedadas las unas, y las otras cubiertas con juncos y cañas, de modo que á un tiempo son frescas y umbrías.

En parte alguna se nota el menor vestigio de antigüedades, como no sean fustes de columnas derribadas que se encuentran en los caminos, en el campo y á orillas del mar. El puerto está lleno de arena, siendo los hombres quienes primero lo echaron á perder. Cuando Fakreddin era señor de estas comarcas, temeroso de que las atacasen las galeras turcas, mandó cegar con buques llenos de escombros los puertos situados entre San Juan de Acre y Berito.

A corta distancia de la puerta baja, y en el barrio más ruidoso, se encuentra el *khan* francés, vastísimo edifi-

cio cuadrado, con varios pisos, que era el centro mercantil francés en Siria, y en el día contiene un convento, una iglesia, una escuela, colonias de europeos, un anchuroso patio, jardines, galerías, caballerizas y una fuente; de suerte que este edificio es fortaleza, *khan*, bazar y ciudad en una pieza, hallándose en él gentes de todos colores que hablan todos los idiomas. Los Franciscanos de Tierra Santa ocupan parte del mismo y hospedan á los peregrinos.

Sucedió en el último siglo que, habiéndose declarado la peste en Sidon, los comerciantes franceses, á la sazón allí numerosos, fueron atacados los primeros, y cuéntase que este castigo de Dios les hizo pensar en su sal-

vacion eterna. La absoluta carencia de los indispensables auxilios religiosos en que se hallaban, les obligó á enviar con premura á Damasco en busca de un misionero que acudiese á prodigar su caritativo celo á los apesados de la ciudad, y este fué el P. Rigardy, de la Compañía de Jesús, que se distinguió tanto por sus predicaciones como por el esmero y solicitud con que asistió á los enfermos. Algunos caballeros que tuvieron ocasion de oírle resolvieron retenerle en su compañía, proporcionándole albergue y subsistencia en un espacioso edificio que ocupaban (el *khan* citado). Tal fué el origen de la Mision de los Jesuitas en Saida, que más tarde fué encomendada á los Padres Franciscanos.

Aunque no abundan los católicos, hay en esta ciudad cuatro parroquias para los diferentes ritos: la de los armenios, la de los maronitas, la de los Franciscanos para los latinos, y la de los griegos unidos.

Posteriormente han vuelto á evangelizar esta célebre ciudad los Padres Jesuitas, uno de cuyos miembros, el P. Campon, antiguo misionero de Siria, escribió desde aquella ciudad una carta de la que extractamos lo siguiente:

... «Tuve que dirigirme á Saida desde Berito. No hay camino trazado de una á otra ciudad, y todo el trayecto se hace en una playa de arena ó piedra. No he podido volver á ver sin emocion estas orillas desiertas, en otro tiempo ilustradas por florecientes ciudades fenicias, visitadas por tantos pueblos, testigos de las guerras de Canaan, honradas con el paso del Salvador y regadas con la sangre de héroes cristianos. ¡Ay! los ára-



*J. D. Ricards Epe
Vic. Ap.*

ILMO. JAIME RICARDS, obispo titular de Retimo, vicario apostólico del Cabo oriental. (Pág. 112.)

bes y los turcos son hoy los únicos dueños de estas soledades.

En un punto de la playa en que las olas se deshacen en espuma al pié de un cerro, un beduino, montado en un camello y conduciendo numerosa caravana, me saludó con un benévolo y solemne *selam aleikom*. Llamóme la atención cómo los camellos, animales tan pacíficos como fuertes, son guiados sin brida con una simple cuerda pasada al cuello. Basta sacudir un poco esto cuerda, para que el dócil animal se detenga y arrodirle, á fin de evitar al jinete el empleo de una escala.

«Después de cambiar algunos frutos con los dátiles del camellero, le cumplimenté por lo poco que necesita un árabe para vivir.

«—¿Qué quieres, me contestó, la vida es harto corta para ocuparse mucho en comer y beber.

«Al árabe le complacen particularmente estas antiguas palabras. Es el mismo ahora que en otras épocas. Su carácter se ha conservado inmutable á través de los siglos.

«Debo añadir, sin embargo, que me alegré mucho de que no estuviese internado en el desierto, pues los árabes unen á las virtudes del tiempo de Abrahán y de Jacob ciertos instintos de bandido, de los cuales más de uno de nuestros misioneros ha tenido que sufrir en sus viajes. En las cercanías de las poblaciones se vuelven honrados y no nos rehusan su enfático *selam*, reservado de ordinario á los amigos de sus tribus. Si esto no es aún una señal de próxima conversión, es por lo menos una demostración de respeto no despreciable.

«Al anoecer, tras media hora de marcha, divisé sobre una colina del Líbano casas blancas rodeadas de árboles; es un pueblo cristiano cuya posición, tan alegre como pintoresca, le hace el verdadero oasis de estas soledades. Es Mallaquat (El Damur). Las tierras están allí siempre bien cultivadas, y su población es excelente. Hay iglesia, capillas y escuela para niños. Otra para niñas está á cargo de las Mariametas, que dirigen también una Congregación de madres de familia. Ni un turco, ni un druso, ni un griego cismático ni un protestante ha podido penetrar ó establecerse en este pueblo, que es rico y considerable.

«El párroco me recibió con la mayor cordialidad, y sus feligreses querían retenerme algunos días para que les predicase. No siéndome posible acceder por entonces á sus deseos, les prometí volver lo más pronto que me fuera dable, y por la noche, habiéndome despedido de esta buena población, continué el camino de la ciudad, y al cabo de cinco horas me detuve en la entrada de un riachuelo, el antiguo Bostrenus, cuya agua límpida y fresca atraviesa, serpenteando, la playa árida y arenosa.

«Continué costeano el río, bordado á su izquierda por setos de retama y tamariscos que sirven para cerrar las huertas, y llegué á las puertas de Sidon. A mi entrada en la ciudad no ví en la fundadora de Tiro y de Cartago sino turcos, ¡y qué turcos! y luego ruinas. Las terribles palabras de los Profetas se han cumplido en ella: *Erubescit Sidon, ait enim mare*. Invoqué á los Ángeles custodios del país, consolándome con el pensamiento de que había allí cristianos, que en el siglo XVII nuestros misioneros trabajaron mucho en ella, y que en los días de su vida mortal el Salvador de los hombres visitó á Sidon.

«Tenemos en Saida dos Padres de la Compañía, una iglesia y dos escuelas. Enseñamos la lengua árabe, comprendida y hablada por todos los habitantes, así judíos como mahometanos y cristianos. La enseñanza del catecismo en nuestras escuelas es considerada como el primer deber. Estos niños, nacidos y teniendo que vivir entre mil y mil prevenciones, errores y vicios tan comunes en Turquía, adquieren en esta enseñanza principios seguros y precisos.

«Las escuelas de niñas, dirigidas en Saida por las Hermanas de San José de la Aparición, gozan de merecida consideración y hacen mucho bien. El número de sus discípulas es de más de doscientas. Una Congregación de Hijas de María, numerosa y ferviente, conserva en el alma de las jóvenes, casi todas antiguas alumnas de la casa, los buenos principios que en ella recibieron.

«Las Religiosas de San José están establecidas en alquiler en el *khan* francés, que es muy poco cómodo para establecimiento de educación. Un dispensario, anejo á la habitación, está abierto gratuitamente á todos los pobres de la ciudad, sin distinción de culto. Una Hermana, especialmente dedicada á este oficio de caridad, consagra sus desvelos y distribuye los remedios á los enfermos que todas las mañanas llegan en crecido número. Al fin de cada año el registro del dispensario no indica menos de diez á doce mil personas socorridas.

«Las Religiosas de San José de Saida recogieron á muchas huerfanitas después de la matanza de 1860. Por una abnegación que no es rara en nuestras Congregaciones de mujeres, seis jóvenes Religiosas de la casa de San José de Saida, cinco francesas y una siríaca, murieron en dicha azarosa época, víctimas de su caridad; tres durante los asesinatos, y las otras tres durante el cólera que les siguió. Los PP. Rousseau y Prunières que, con su ejemplo y ardiente palabra, habían alentado á las Hermanas y á tantos cristianos á morir por Dios, no tardaron á su vez en recibir su recompensa. El primero está sepultado en el cementerio de Saida, y el segundo entre los suyos en Valence.»

NOTAS SOBRE EL REINO DE SIAM.

IV.

BANG-KOK Y SUS PALACIOS.



ANTES de dar á nuestros lectores una descripción del esplendor de las pagodas y de los templos paganos que adornan la nueva capital del reino de Siam, digamos algunas palabras de la magnificencia de los palacios Reales construidos por los reyes de la nueva dinastía.

El palacio principal, según el Ilmo. Pallegoix, está rodeado de un vasto círculo de altas murallas, que tienen más de un cuarto de legua de extensión: los puestos militares y los cañones abocados, establecidos á ciertas distancias, guardan las diversas entradas. (V. la pág. 113). El recinto entero está empedrado con anchas losas de granito y mármol, levantándose por doquiera multitud de pequeños y hermosos edificios adornados con pinturas y dorados. En el centro del gran patio se levanta majestuoso el Mahaprasat con cuatro fachadas, cubierto con tejas barnizadas, adornado con magníficas

esculturas y coronado con una dorada flecha. (V. la pág. 116). Allí el rey recibe á los embajadores, y se deposita el soberano difunto en una urna de oro, por espacio de un año próximamente, antes de ser incinerado; allí es también donde van á enseñar los talapusiños, y la reina y los esclavos oyen la predicación, ocultos tras de cortinas. A alguna distancia vese la gran sala en que el rey da sus cotidianas audiencias en presencia de más de cien mandarines postrados el rostro contra el suelo: en las puertas se levantan gigantescas estatuas de granito, traídas de la China: las paredes y las columnas aparecen adornadas de pinturas y dorados deslumbrantes; el trono, que tiene la forma de un altar, está cobijado por un dosel de siete cuerpos. Los departamentos del rey están contiguos á la sala de audiencia, y luego vienen el palacio de la reina, las casas de las mujeres y de las damas de honor, con un gran jardín que según lenguas es magnífico. A más de todo esto, hay vastas construcciones conteniendo los tesoros del rey, el oro, la plata, la pedrería, los muebles y las telas preciosas.

En este recinto se encuentra asimismo un tribunal, un teatro para las comedias, la biblioteca Real, inmensos arsenales, cuadras para los elefantes blancos y los caballos de valor, y en fin toda suerte de almacenes.

Como la mayor parte de las ciudades orientales, Bang-kok asombra al viajero por su aspecto encantador y grandioso. Esas mil flechas doradas, esas torres, esos cimborios de porcelanas multicolores, mirándose en las aguas del Menam y en los numerosos canales que surcan la ciudad; esta arquitectura de formas extrañas y graciosas, la variedad de edificios, la diversidad de trajes, el incesante ruido de instrumentos músicos de particular sonido, estridentes ó melódicos; todo ese conjunto excita de pronto profunda admiración; pero así que se penetra en el interior de la ciudad, se disipa la ilusión: á los palacios suceden miserables chozas separadas entre sí por callejuelas fangosas y canales estrechos y nauseabundos. Allí se agita ó vegeta una población apenas cubierta con harapos, muriendo de hambre, y entregada á los vicios engendrados por la idolatría, el despotismo y la esclavitud.

NECROLOGÍA.

Ilmo. Maigret, obispo de Arathia, vicario apostólico de las islas Sandwich.

¡Cómo desaparecen unos tras otros esos venerables Obispos que la ciudad de Roma, alegre y consolada, contempló en el concilio del Vaticano en 1869! A su ya larga lista viene á añadirse el nombre del primer vicario apostólico de las islas Sandwich, el Ilmo. Luis Maigret, de la Congregación de los Sagrados Corazones.

Nacido en Maille, diócesis de Poitiers, el 14 de setiembre de 1804, desde su infancia anunció las más felices disposiciones. Los ejemplos de su virtuoso padre y del venerable confesor de la fe que formó su corazón á la piedad, le inspiraron muy joven el pensamiento de consagrarse al servicio de Dios, entrando á diez y ocho años en la Congregación de los Sagrados Corazones.

Habiendo sido elevado al sacerdocio profesó la filosofía en el seminario de Ruan, y al cabo de pocos años pidió con instancia y obtuvo, en 23 de octubre de 1834, ser enviado á las Misiones de Oceanía.

Hacia dos años que trabajaba gozoso y tranquilo en la conversión de las islas Gambier, cuando recibió del Vicario apostólico de la Oceanía oriental una delicada y difícil misión, la de llevar instrucciones y consuelos al P. Alejo Bachelot, el primero que predicó la fe en las islas Sandwich y que estaba en vísperas de ser desterrado por segunda vez. El P. Maigret partió, pero estando prevenidos los enemigos de la religión católica, no pudo poner pié á tierra. Obligado á pasar inmediatamente á otro buque con el P. Bachelot, tuvo además el dolor desde los primeros días de la travesía, de recibir el postrer suspiro del piadoso é infatigable compañero, cuya obra debía proseguir y completar más tarde.

En efecto, en mayo de 1840 el P. Maigret volvió á las islas Sandwich con el Ilmo. Rouchouze y algunos otros misioneros, siendo recibidos con entusiasmo por tres ó cuatrocientos cristianos que habían generosamente confesado la fe durante la persecución. A pesar de su escaso número, los misioneros se establecieron al mismo tiempo en la isla de Oahu y en la grande isla llamada Hawas, que á veces da su nombre al archipiélago. El año siguiente, al partir de estas islas, el ilustrísimo Rouchouze encargó al P. Maigret el cuidado de dirigir la Misión.

Por la dignidad de su carácter y por sus maneras suaves é insinuantes, captóse luego la estima y respeto de los indígenas. En pocos años instruyó y bautizó millares de infieles, edificó en Honolulu una hermosa iglesia con piedras de sillería y fundó numerosos establecimientos para contrarrestar la influencia de los protestantes.

No bastando á su celo estos multiplicados trabajos en Honolulu y en los distritos de los alrededores, se complacía en alentar á sus compañeros de la grande isla, á quienes en 1845 hizo una visita que duró dos meses.

La llegada de nuevos operarios el año siguiente, le permitió establecer la Misión en las islas de Mani y de Kanaí, y de hacer la visita de Molokai.

Entre tanto la Santa Sede había erigido las islas Sandwich en vicariato apostólico, y el 11 de agosto de 1846 Pío IX, para llenar el cargo de vicario apostólico, nombróle obispo de Arathia. La consagración episcopal, retardada á consecuencia de la dificultad de las comunicaciones, tuvo lugar en Santiago de Chile el 31 de octubre de 1847.

Saludado á su regreso con unánimes aclamaciones, el nuevo Obispo empezó desde luego la visita de las diferentes islas para administrar el sacramento de Confirmación. Apenas la había terminado cuando se declaró una cruel epidemia en la isla de Oahu, y particularmente en Honolulu. El Vicario apostólico y sus misioneros estaban noche y día á la cabecera de los enfermos. Tres veces, en el espacio de siete años, el azote se ensañó con violencia y arrebató millares de víctimas.

A fin de dar á esos pueblos una elevada idea de nuestra santa religión, el Vicario apostólico sentía la urgencia y la necesidad de procurar á cada cristiandad una iglesia conveniente y sólida, en estado de sostener la comparación con los templos protestantes. A excepción de la iglesia de Honolulu y de otras dos ó tres apenas levantadas, en 1848 no había en el vicariato sino capillas, casas parroquiales y escuelas de construcción tan ligera, escribía su Ilustrísima, «que el viento

menos impetuoso las derribaba y tenían que reedificarse de nuevo.» Como el Prelado contaba con escasísimos recursos y sus cristianos eran pobres, fué necesario mucho tiempo para construir las nuevas iglesias. Cada año, sin embargo, tuvo el consuelo de bendecir dos ó tres.

Otro objeto de la solicitud del obispo de Arathia fué la instrucción de los niños. Por desdicha la insuficiencia de los recursos, el escaso número de maestros hábiles y sobre todo la arbitrariedad y malquerencia de los inspectores protestantes delegados por el Gobierno del país, hicieron con harta frecuencia impotentes los esfuerzos de su celo. Consiguió, no obstante, crear un pequeño colegio que dió felices resultados, y más tarde estableció para las jóvenes una institución hoy día muy próspera, dirigida por las Religiosas del Sagrado Corazon.

Más de una vez el venerable Obispo tuvo que sufrir los ataques, ora solapados é insidiosos, ora abiertos y apasionados de las diferentes sectas heréticas. Tomó á veces la pluma para defender la verdad y prevenir á los fieles contra el error, y á este efecto compuso é imprimió con sus propias manos un periódico católico. A menudo, no obstante, se limitó á oponer á los ataques de los enemigos una paciencia inalterable.

Por lo demás, la abnegación de los misioneros católicos contestó victoriosamente á todas las violencias, haciéndolas inútiles. Cuando el Gobierno decidió reunir en la isla de Molokai á los leprosos del archipiélago, el Vicario apostólico no olvidó á sus cristianos enfermos y los hizo visitar por algunos misioneros. Mas estando prohibido todo trato con los infelices leprosos,



ISLAS SANDWICH.—Hospital de Honolulu.

el P. Deveuster, por una inspiración generosa, ofreció sepultarse vivo, por así decirlo, con esos infortunados á fin de procurarles la asistencia espiritual. Habiéndose despues establecido la libertad de comunicaciones con los leprosos, se apresuró á visitar á los enfermos para consolarles. Sabido es que el Gobierno hawahiano, para demostrar todo su agradecimiento, ofreció al misionero y al Obispo de Arathia lisonjeras condecoraciones; igualmente se asoció al luto causado por la muerte de éste: el rey y la reina le visitaron en su lecho fúnebre; los príncipes de la familia Real, los altos funcionarios y los miembros del cuerpo diplomático honraron sus funerales con su presencia. Mas la afluencia y las lágrimas de los cristianos que acudieron á las honras de su obispo, dieron á comprender claramente cuánto sintieron su pérdida y que su memoria será imperecedera.

Holanda.—Este país ha perdido un celosísimo prelado, el Ilmo. Andrés Ignacio Schœpman, arzobispo de Utrecht, el segundo que ha ocupado esta Sede desde el restablecimiento de la jerarquía episcopal en Holanda. Nació en Zwolle el 4 de setiembre de 1815, y fué creado obispo de Hegebon el 13 de julio de 1860, y al cabo de tres años nombrado coadjutor con futura sucesión del Ilmo. Zwijsen, arzobispo de Utrecht, á quien reemplazó el 13 de marzo de 1868.

La divisa del llorado difunto era: *In simplicitate et sollicitudine*, y le convenia bajo todos respectos. Era sencillo, benévolo con todos, y al mismo tiempo lleno de solicitud por las almas encomendadas á sus desvelos. Estaba además dotado de un talento oratorio extraordinario, y su palabra arrastraba los oyentes.